

libro al
viento

IDEAS

Joaquim Machado de Assis

DE



Traducción de Andrés Ernesto Obando

CANARIO

Y OTROS CUENTOS



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica

Molina, María Camila Jaramillo Laverde,

María Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, junio de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Fredy Ordóñez, por la presentación

© Andrés Ernesto Obando por la traducción

Camila Cardeñoso, diseño de la colección BastardaType y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

AdobeStock, por las imágenes

Wikimedia Commons, por la imagen de la página 147.

ISBN: 978-628-

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Junio de 2022



GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

IDEAS DE CANARIO

7
EL INUITADO DEMIURGO
Presentación

13
EL MACHETE

33
EN EL ARCA

43
EL ESPEJO

59
LA CHINELA TURCA

77
LA IGLESIA DEL DIABLO

91
NOCHE DE ALMIRANTE

103
EL DIPLOMÁTICO

120
UN HOMBRE CÉLEBRE

136
IDEAS DE CANARIO

147
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

EL INUSITADO DEMIURGO

Presentación

OJALÁ FUERA POSIBLE COMENZAR ESTA PRESENTACIÓN con la misma eficacia, o sutileza, o elegante ironía (o todo junto) con que Joachim Machado de Assis inicia cada uno de sus cuentos. O al menos sus mejores cuentos, los que empieza a publicar a partir de 1878, cuando ya había calibrado las herramientas de su maestría narrativa. Aquí reunimos nueve de estos cuentos (de entre los más o menos doscientos que escribió) y los organizamos cronológicamente según la fecha de su primera publicación: “El machete” y “En el arca” (1878); “El espejo” y “La chinela turca” (1882); “La Iglesia del Diablo” (1883); “La noche del almirante” y “El diplomático” (1884); “Un hombre célebre” (1888); e “Ideas de canario” (1895). En el arco de esas casi dos décadas Machado de Assis gozó de una época de alborozo creativo inagotable: publicó casi un centenar de cuentos y dos novelas por entregas, que

luego se convertirían cada una en un libro y en puntales de su obra fundamental (*Memorias de Brás Cubas* en 1881 y *Quincas Borba* en 1891).

Machado de Assis nació en Río de Janeiro en 1839 y murió en esta misma ciudad (de la que prácticamente nunca salió) en 1908; y fue la sociedad de su ciudad, la carioca del siglo XIX, la que retrató con minuciosidad, humor y escepticismo en todas sus obras. Machado creció a la par que prosperó el imperio de Pedro II, que se coronó en 1841 emperador de Brasil a los quince años y que, pese a ser expulsado de Brasil en 1889 (dando inicio a la era republicana de Brasil), fue un mandatario popular y, dentro del marco monárquico, progresista: contra los intereses de las élites, se firmaron las leyes que, al menos nominalmente, prohibirían la esclavitud*. Machado comenzó siendo aprendiz en una tipografía y traductor (principalmente del francés); pasó a ser corrector de pruebas en una editorial, siguió traduciendo y empezó a colaborar intensamente con varias publicaciones periódicas —escribiendo crónicas, artículos y reseñas—, y algunas veces

* Al respecto del día en que oficialmente se abolió la esclavitud en 1888, nuestro autor escribió en *A Semana*: “Sí, yo también salí a la calle, yo, el más encogido de los caracoles, también yo entré en la procesión, en carruaje abierto, con perdón, huésped de un gordo amigo ausente; todos respiraban felicidad, todo era delirio. Verdaderamente, fue el único día de delirio público que recuerdo haber visto”.

fundándolas; a la par, escribió poemas, obras dramáticas y, a principios de los años setenta, comenzó a publicar sus obras narrativas: los *Cuentos fluminenses* en 1970 y *Resurrección* (su primera novela) en 1972. La variedad de recursos con los que sabía atrapar al lector, y que comenzaron a brillar perdurablemente desde finales de esa década de los setenta, quizás fue el resultado de esa intensa ejercitación que le supuso su trabajo en revistas y diarios y la elaboración de su propia obra múltiple, que con el tiempo fue imposible inscribir en ninguna escuela literaria.

Pero lo más probable es que nada dé cuenta —ni falta que hace— de la extraordinaria versatilidad, genio y solvencia con que forjó su obra narrativa y periodística (principalmente) y que lo consagraron como el autor fundamental de la literatura brasileña de finales del siglo xix e inicios del xx. Asimismo ninguna presentación debería extenderse para convencer al lector —ni hace falta tampoco— del alegre prodigio con que Machado de Assis, como un inusitado demiurgo, conduce al lector desde la primera hasta la última línea. Empiecen mejor a leer estas historias cuyos protagonistas son, como cualquiera de ustedes, un Noé en disputa con sus hijos, el Diablo que quiere montar una Iglesia para competir con la de Dios, un hombre que añora tocar y ser exitoso con un instrumento más popular (y no interpretar sublimes melodías con su

solemne violonchelo), un almirante que castamente ha esperado meses y meses para volver a ver a su amada, o un canario que, dueño de sus propias concepciones del mundo, habla.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

IDEAS

Joaquim Machado de Assis

DE

Traducción de Andrés Ernesto Obando

CANARIO

Y OTROS CUENTOS



EL MACHETE*

INÁCIO RAMOS CONTABA APENAS CON DIEZ AÑOS cuando manifestó una decidida vocación musical. Su padre, músico de la capilla imperial, le enseñó los rudimentos básicos de su arte envueltos en una gramática de la que poco sabía. Era un artista pobre cuyos únicos méritos yacían en su voz de tenor y en el arte con que ejecutaba la música sacra. Inácio, consecuentemente, aprendió mejor la música que la lengua y a los quince años sabía más de bemoles que de verbos. Aun así, sabía lo suficiente para leer la historia de la música y de los grandes maestros. La lectura lo sedujo aún más. El muchacho se dedicó de lleno al arte de su corazón y en muy poco tiempo se convirtió en un rabelista de primera categoría.

El rabel fue el primer instrumento elegido por él, pues era el que mejor se adecuaba a las emociones de su alma. Sin

* Otro nombre que recibe el *cavaquinho*, pequeño instrumento de cuatro cuerdas de la familia de la guitarra. (Todas las notas de esta edición son del traductor).

embargo, no lo satisfacía y seguía soñando con algo mejor. Un día llegó a Río de Janeiro un viejo alemán que conquistó al público tocando el violonchelo. Inácio fue a escucharlo. Su entusiasmo fue inmenso. No solamente el alma del artista se comunicó con la suya, sino que, además, le había dado la llave del secreto que él tanto buscara.

Inácio había nacido para el violonchelo.

Desde aquel día, el violonchelo se convirtió en el sueño del artista fluminense. Aprovechando el paso del músico germano por la ciudad, Inácio tomó algunas lecciones con él, que más tarde rindieron frutos cuando, gracias a ahorros hechos por largo tiempo, consiguió comprar el soñado instrumento.

Ya para ese momento su padre había muerto. Le quedaba su madre, buena y santa señora, cuya alma parecía superior a la condición en que había nacido, tan elevada era en ella su concepción de lo bello. Inácio tenía veinte años, el aspecto de un artista y unos ojos llenos de vida y de futuro. Vivía de algunas lecciones que daba y de los ingresos circunstanciales que recibía por tocar a veces en un teatro, otras veces en un salón, y otras en una iglesia. Las pocas horas que le quedaban libres las empleaba en el estudio del violonchelo.

Había en el violonchelo una poesía austera y pura, cierta melancolía y severidad que casaban a la perfección con el alma de Inácio Ramos. El rabel, que él todavía amaba por ser

el primer vehículo de sus sentimientos artísticos, ya no le inspiraba el entusiasmo de otros tiempos. Había pasado a ser un simple medio de vida; no lo tocaba con el alma, sino con las manos; no era su arte, sino su oficio. El violonchelo, en cambio, sí. Para este Inácio reservaba lo mejor de sus más íntimas aspiraciones, los sentimientos más puros, la imaginación, el fervor, el entusiasmo. Tocaba el rabel para los otros; el violonchelo para sí mismo y, cuando mucho, para su vieja madre.

Vivían ambos en un lugar apartado, en uno de los rincones de la ciudad, ajenos a la sociedad que los rodeaba y que no los entendía. En sus horas libres, Inácio practicaba con su querido instrumento y hacía vibrar todas las cuerdas de su corazón, derramando sus armonías interiores y haciendo llorar a la buena vieja de melancolía y placer, que eran los sentimientos que le inspiraba la música del hijo. Las veladas caseras, cuando Inácio no tenía que cumplir ninguna obligación fuera de casa, transcurrían de ese modo. Solos los dos, con el instrumento y el cielo de por medio.

La buena anciana enfermó y murió. Inácio sintió que un vacío le quedaba en su vida. Cuando el cajón salió de casa, cargado por media docena de colegas artistas, Inácio vio que allí dentro se iba todo el pasado, el presente y no sabía si también el futuro. Creyó que así había sido. La noche de entierro fue poca para el reposo que el cuerpo le pedía después de

tan profunda conmoción. La siguiente, sin embargo, fue la de su primera composición musical. Escribió una elegía para el violonchelo que, si bien no era sublime desde el punto de vista artístico, lo era sin duda como inspiración personal. La compuso solo para él. Y durante dos años nadie la escuchó ni quiso saber de ella.

La primera vez que retumbó aquel lamento fúnebre fue ocho días después de su matrimonio, un día en que se hallaba a solas con su mujer, en la misma casa en que había muerto su madre, en la misma sala en que ambos solían pasar algunas horas de la noche. Era también la primera vez que la mujer lo oía tocar el violonchelo. Él deseaba que el recuerdo de la madre se uniera con aquella revelación que él le hacía a la dueña de su corazón, que se vinculara de algún modo el pasado al presente.

—Toca un poco el violonchelo —le había dicho la mujer dos veces después de la boda—. ¡Tu madre me decía que tocabas tan bien!

—Bien, no sé —respondía Inácio—, pero me gusta tocarlo.

—Pues ahí está, ¡quiero escucharte!

—Por ahora no. Déjame contemplarte primero.

Al cabo de ocho días, Inácio cumplió el deseo de Carlotinha. Era tarde, una tarde fría y encantadora. El artista tomó el instrumento, empuñó el arco y las cuerdas gimieron bajo el

impulso de la mano inspirada. No veía a la mujer, ni el lugar, ni siquiera el instrumento; veía solo la imagen de la madre mientras tocaba embebido totalmente en un mundo de armonías celestiales. La ejecución duró veinte minutos. Cuando la última nota expiró en las cuerdas del violonchelo, el brazo del artista cayó, no por fatiga, sino porque todo su cuerpo cedía a la conmoción moral que el recuerdo y la obra le producían.

—¡Oh! ¡Qué lindo! ¡Qué lindo! —exclamó Carlontinha incorporándose y yendo al encuentro de su marido.

Inácio se estremeció y miró pasmado a su mujer. Aquella exclamación de entusiasmo desentonaba, primero porque el pasaje que acababa de ejecutar no era “lindo”, como ella decía, sino severo y melancólico; y, segundo, porque en vez de un aplauso ruidoso, él habría preferido recibir una respuesta más acorde con la naturaleza de la obra, aunque fueran dos lágrimas, dos, pero expresadas desde el corazón, como las que en aquel momento le surcaban el rostro.

Su primera reacción fue de despecho, el despecho de artista que, en su caso, dominaba todo. Agarró en silencio el instrumento y lo acomodó en un rincón. La muchacha vio entonces las lágrimas. Se conmovió y le tendió los brazos.

Inácio la estrechó contra su pecho.

Carlontinha entonces se sentó, junto a él, al pie de la ventana, desde donde se podían ver aparecer en el cielo las primeras

estrellas. Era una muchacha de diecisiete años, aunque parecía de diecinueve, más baja que alta, morena de rostro, ojos negros y traviosos. Aquellos ojos, expresión fiel del alma de Carlota, contrastaban con la mirada tierna y velada del marido. Los movimientos de la joven eran vivaces y rápidos, la voz argentada, la palabra fácil y fluida, única en su tipo, mundana y jovial. A Inácio le gustaba oír-la y ver-la; la amaba mucho y, además, era como si necesitara a veces de aquella expresión de vida exterior para entregarse por entero a las especulaciones de su espíritu.

Carlota era hija de un comerciante de poca monta, hombre que había trabajado toda su vida como un burro para morir pobre, porque los escasos bienes que dejó apenas alcanzaron para saldar algunas deudas. Toda la riqueza de la hija era su belleza, que sin duda la tenía, aunque sin poesía ni en exceso. Inácio la había conocido cuando el padre aún vivía, en una de esas ocasiones en que este iba a visitar a su madre. Pero solo llegó a amarla de verdad después de que ella quedó huérfana y su alma le pidió un afecto para suplir aquel que la muerte se había llevado.

La joven aceptó con placer la mano que Inácio le ofrecía. Se casaron con el beneplácito de los parientes de la joven y de las personas que los conocían. El vacío fue entonces llenado.

A pesar del episodio arriba narrado, los días, las semanas y los meses transcurrieron como hilados con oro para el esposo artista. Carlotinha era por naturaleza alegre y amiga de lucirse, era fácil de complacer y no se mostraba ni exigente ni extravagante. Los recursos de Inácio eran escasos, pese a lo cual él sabía cómo organizar su vida de modo que no les faltase lo necesario ni quedasen por satisfacer algunos de los deseos más modestos de la muchacha. Ciertamente, su círculo social no les exigía demasiado ni vivía de la ostentación. Pero cualquiera que sea el medio social hay siempre exigencias que no todos los bolsillos se pueden permitir. Carlotinha había vivido hasta entonces en medio de fiestas y pasatiempos; la vida conyugal le exigía hábitos menos frívolos y ella supo plérgase a la ley que había aceptado con el corazón.

Además, ¿qué puede resistirse verdaderamente al amor? Los dos se amaban. Por mayor que fuera el contraste entre sus temperamentos, los unía y hermanaba el afecto verdadero que los había acercado inicialmente. El primer milagro del amor fue la aceptación de la joven del famoso violonchelo. Es cierto que Carlotinha no experimentaba las sensaciones que el violonchelo producía en el marido y estaba lejos de sentir aquella pasión silenciosa y profunda que vinculaba a Inácio Ramos con el instrumento, pero se acostumbró a escucharlo, a apreciarlo y había llegado a entenderlo alguna que otra vez.

La esposa quedó encinta. El día que el marido escuchó la noticia sintió un profundo estremecimiento. Su amor creció en intensidad.

—Cuando nazca nuestro hijo —dijo—, compondré mi segundo canto.

—El tercero será cuando muera, ¿no? —preguntó la joven con un leve tono de despecho.

—¡Por favor, no digas eso!

Inácio Ramos comprendió el reproche de su mujer. Se encerró durante algunas horas y trajo una composición nueva, la segunda que le salía del alma, dedicada esta vez a su esposa. La música entusiasmó a Carlotinha, más por vanidad satisfecha que porque verdaderamente la llenase. Carlotinha abrazó al marido con todas sus fuerzas y premió su inspiración con un beso. La felicidad de Inácio no podía ser mayor; él había conseguido todo lo que ambicionaba: una vida consagrada al arte, paz y felicidad doméstica, y, por último, la esperanza de convertirse en padre.

—Si es niño —le decía a su mujer—, aprenderá violonchelo; y si es niña, aprenderá el arpa. Son los únicos instrumentos capaces de traducir las impresiones más sublimes del espíritu.

Nació un niño. El recién nacido renovó el hogar. La felicidad del artista era inmensa. Se sintió con más fuerzas para el trabajo y al mismo tiempo fue como si se le aguzara la imaginación.

La prometida composición al nacimiento del hijo se realizó y ejecutó, no ya solo para él y su mujer, sino en presencia de algunas amistades. Inácio Ramos se había negado en un comienzo a hacerlo, pero la mujer consiguió que compartiera con extraños aquella nueva producción de su talento. Inácio sabía que la sociedad quizá no llegase a entenderlo en el modo en que él deseaba, pero cedió. Si eran o no acertados sus recelos, él no lo supo, porque esa vez, al igual que en todas las otras ocasiones, no vio a nadie: se vio y oyó a sí mismo, y cada nota fue un eco de las armonías santas y elevadas que la paternidad había despertado en él.

La vida transcurría monótonamente bella y no valdría la pena contar mucho más de no haber sido por un incidente que tuvo lugar en esta misma ocasión.

La casa en que ellos vivían era baja, aunque bastante amplia y agradable. Dos transeúntes, atraídos por los sonidos del violonchelo, se aproximaron a las ventanas entrecerradas y escucharon, desde la calle, casi la mitad de la composición. Uno de ellos, entusiasmado por la composición y la ejecución, rompió en sonoros aplausos cuando Inácio terminó, abrió violentamente las contraventanas y se asomó hacia dentro gritando:

—¡Bravo, artista divino!

La exclamación inesperada llamó la atención de quienes estaban en la sala. Todos los ojos se volvieron para ver las dos

figuras de los hombres, uno tranquilo, el otro alborozado. La puerta se abrió para los dos extraños. El más entusiasta de ellos corrió a abrazar al artista.

—¡Oh! ¡Alma de ángel! —exclamaba este—. ¿Cómo puede ser que un artista de su talla esté aquí oculto a los ojos del mundo?

El otro personaje felicitó igualmente al maestro del violonchelo, pero, como quedó dicho, sus aplausos fueron menos entusiastas, y no era difícil encontrar la explicación de esta frialdad en la expresión vulgar de su rostro.

Estos dos personajes que así habían entrado en el salón eran dos amigos que el azar había conducido hasta allí. Ambos eran estudiantes de derecho que estaban de vacaciones; el entusiasta, todo arte y literatura, tenía el alma llena de música alemana y poesía romántica, y era nada menos que un ejemplar de aquella falange académica, fervorosa y juvenil, animada por todas las pasiones, sueños, delirios y efusiones de la generación moderna; su compañero era tan solo un espíritu mediocre, reacio a todas estas cosas, no menos que al derecho, que, por lo demás, se empeñaba inútilmente en meter en su cabeza.

Aquel se llamaba Amaral; este Barbosa.

Amaral le pidió a Inácio Ramos que le permitiera regresar más veces. Efectivamente, volvió. El artista aficionado empleaba su tiempo en escuchar cómo el profesional hacía hablar a las cuerdas de su instrumento. Eran cinco personas; ellos dos,

Barbosa, Carlotinha y el niño, el futuro violonchelista. Un día, menos de una semana después, Amaral le contó a Inácio que su compañero era músico.

—¡Él también! —exclamó el artista.

—Así es. Pero un poco menos sublime que usted —añadió sonriendo.

—¿Qué instrumento toca?

—Adivine...

—El piano, tal vez.

—No.

—¿La flauta?

—¡No, qué va!

—¿Es un instrumento de cuerdas?

—Sí.

—Si no es el rabel... —dijo Inácio mirando a su interlocutor como si esperara una confirmación.

—No es el rabel. Es el machete.

Inácio sonrió. Y estas últimas palabras llegaron a los oídos de Barbosa, que confirmó la noticia del amigo.

—No se preocupe —le susurró a Inácio—, ya verá cómo hago que este lo toque algún día. Es otro género, claro...

—Cuando quiera.

Era efectivamente otro género, como el lector fácilmente comprenderá. Allí reunidos los cuatro, una noche de la

siguiente semana, Barbosa se sentó en el centro de la sala, afinó su machete e hizo un despliegue de todo su talento. Su talento era, en verdad, grande; era el instrumento el que resultaba pequeño. Lo que tocaba no era Weber ni Mozart. Era una canción popular y de moda, una obra de ocasión. Barbosa la interpretó, no con el alma, sino con cada una de las fibras de su cuerpo. Todo en él acompañaba la gradación y las variaciones de las notas; se inclinaba sobre el instrumento, tensaba el cuerpo, inclinaba la cabeza a un lado, al otro, levantaba la pierna, sonreía, se le aguaban los ojos o los cerraba en los lugares que le parecían emotivos. Oírlo tocar era lo de menos; lo más importante era verlo. Quien solamente lo oyese no podría comprenderlo.

Fue un éxito, un éxito de otro género, pero peligroso, porque tan pronto Barbosa escuchó los cumplidos de Carlotinha e Inácio, comenzó la segunda ejecución, y habría habido una tercera si Amaral no hubiera intervenido para decir:

—Ahora el violonchelo.

El machete de Barbosa no permaneció escondido entre las cuatro paredes de la sala de Inácio Ramos; al poco tiempo era ya conocido en el barrio en el que vivía el artista y todos allí ansiaban escucharlo.

Carlotinha fue la responsable. Ella había encontrado gracia infinita y vida en ese tipo de música y no cesaba de elogiar

a Barbosa en todas partes. Las familias del lugar echaban de menos un célebre machete que había tocado por allí, años atrás, el actual subcomisario, cuyas funciones elevadas no le permitían cultivar el arte. Escuchar al machete de Barbosa era, por tanto, revivir una página del pasado.

—Pues yo haré que lo escuchen —decía la muchacha.

No fue difícil.

A los pocos días, se celebró una reunión en casa de una familia del barrio. Barbosa aceptó la invitación que le hicieron y allí llegó con su instrumento. Amaral lo acompañó.

—No se aflija, mi divino artista —le decía él a Inácio—, y ayúdeme a que tenga éxito el machete.

Se reían los dos, y más que ellos, lo hacía Barbosa: risa de triunfo y satisfacción porque el éxito no podía ser más completo.

—¡Magnífico!

—¡Bravo!

—¡Soberbio!

—¡Bravísimo!

El machete fue la estrella de la noche. Carlota repetía a las personas que se acercaban:

—¿No les decía yo? Es un portento.

—Realmente —respondía un crítico del lugar— como él ni Fagundes...

Fagundes era el subcomisario.

Puede decirse que Inácio y Amaral fueron los únicos ajenos al entusiasmo del machete. Ellos conversaban, al pie de la ventana, sobre los grandes maestros y las grandes obras de arte.

—¿Y usted por qué no da un concierto? —preguntó Amaral al artista.

—¡Oh! No.

—¿Por qué?

—Tengo miedo...

—¿Miedo de qué?

—Miedo de no gustar...

—¡Ha de gustar por fuerza!

—Además, el violonchelo está tan unido a los sucesos más íntimos de mi vida que yo más bien lo considero como un arte familiar.

Amaral combatía estas objeciones, pero Inácio Ramos se empecinaba cada vez con más fuerza en ellas. La conversación se prolongó y se repitió a los dos días, hasta que, tras una semana, Inácio se dejó vencer.

—Ya verás —le decía el estudiante—, vas a ver cómo todo el público queda boquiabierto.

Se decidió que el concierto se realizaría dos meses después. Inácio tocaría una de las piezas ya compuestas por él y dos más de un par de maestros que eligió entre muchas.

Barbosa no fue de los menos entusiastas con la idea del concierto. Él parecía tener ahora más interés en la vida del artista; escuchaba con placer, al menos aparente, las veladas de violonchelo, que tenían lugar dos veces por semana. Carlotinha propuso que las veladas ocurrieran tres veces por semana, pero Inácio no aceptó más que dos. Aquellas noches transcurrían en un ambiente familiar y muchas veces el machete terminaba lo que el violonchelo comenzaba. ¡Era una condescendencia para la dueña de casa y el artista, el artista del machete!

Un día Amaral notó a Inácio preocupado y triste. No quiso preguntarle nada, pero como la preocupación continuó en los días siguientes, no pudo evitar preguntarle. Inácio le respondió con evasivas:

—No —decía el estudiante—, a usted le pasa algo.

—¡No me pasa nada!

Y luego de un instante de silencio:

—Lo que sucede es que estoy arrepentido de haberme dedicado al violonchelo. ¡Ojalá hubiera estudiado el machete!

Amaral escuchó atónito estas palabras. Después sonrió y sacudió la cabeza. Fue como si su admiración hubiera recibido un remezón. ¿A qué venían aquellos celos por causa de los efectos diferentes que los instrumentos habían producido? ¿Qué rivalidad era aquella entre el arte y el pasatiempo?

“No podía ser perfecto”, pensó Amaral, “debía tener por fuerza un punto débil. Infelizmente para él, ese punto es ridículo”.

De ahí en adelante las veladas fueron menos frecuentes. La preocupación de Inácio Ramos se mantenía; Amaral sentía que su admiración decrecía cada vez más, la admiración por el hombre, porque bastaba escucharlo tocar para que se le despertaran de nuevo las primeras impresiones.

La melancolía de Inácio era cada vez mayor. Su mujer solo se dio cuenta cuando esta definitivamente le entró por los ojos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Carlotinha.

—Nada —respondió Inácio.

—Apuesto a que estás pensando en una composición nueva —dijo Barbosa, que estaba presente en una de esas ocasiones.

—Tal vez —respondió Inácio—. Pienso en hacer algo totalmente nuevo. Un concierto para violonchelo y machete.

—¿Por qué no? —dijo Barbosa con sencillez—. Hágalo y veremos el efecto, que de seguro será maravilloso.

—Yo creo que sí —murmuró Inácio.

No hubo concierto en el teatro como estaba previsto, porque Inácio Ramos se echó atrás por completo. Las vacaciones terminaron y los dos estudiantes regresaron a São Paulo.

—Vendré a verlo dentro de poco —dijo Amaral—. Vendré hasta acá solamente para oírlo.

Efectivamente, volvieron los dos, tras anunciar el viaje por carta.

Inácio le dio la noticia a su mujer, que la recibió con alegría.

—¿Se van a quedar muchos días? —preguntó ella.

—Parece que solamente tres.

—¡Tres!

—Es poco —dijo Inácio—, pero en las vacaciones me gustaría aprender a tocar el machete.

Carlotinha sonrió, pero fue una sonrisa disimulada que el marido alcanzó a percibir y guardó para sus adentros.

Los dos estudiantes fueron recibidos como si fuesen de la familia. Inácio y Carlotinha se deshacían en atenciones. En la noche del mismo día, hubo una velada musical; solo violonchelo, por petición de Amaral, que decía:

—¡No profanemos el arte!

Habían planeado quedarse por tres días, pero a último momento decidieron aplazar su retorno.

—Nos iremos dentro de dos días.

—Lo mejor es completar la semana —observó Carlotinha.

—Puede ser.

Al cabo de una semana, Amaral se despidió y regresó a São Paulo. Barbosa no volvió con él. Se había enfermado. La enfermedad le duró solamente dos días, tras los cuales fue a visitar al violoncelista.

—¿Se va ahora? —le preguntó.

—No —contestó el estudiante—, recibí una carta que me obliga a permanecer aquí algún tiempo.

Carlotinha escuchó la noticia con alegría. El rostro de Inácio no tenía ninguna expresión.

Inácio no quiso que continuaran las veladas musicales, a pesar de que Barbosa se lo pidiera varias veces, y no quiso porque, según decía él, no quería quedar mal con Amaral, del mismo modo que no quería quedar mal con Barbosa si estuviese este ausente.

—Nada impide, sin embargo —concluyó el artista—, que escuchemos su machete.

¿Cuánto duraron aquellas veladas de machete? Tal noticia no llegó a los oídos de quien escribe estas líneas. Lo que este sabe apenas es que el machete debe ser un instrumento triste, porque la melancolía de Inácio se volvió cada vez más honda. Sus compañeros nunca lo habían visto profundamente alegre, pero la diferencia entre lo que había sido y lo que era ahora saltaba a la vista. El cambio se manifestó incluso en la forma de vestir, que era desaliñada, al contrario de lo que hasta entonces había sido. Inácio se hundía en grandes silencios durante los cuales era inútil hablarle, porque no respondía o, si respondía, lo hacía sin comprender.

—El violonchelo lo va a llevar al manicomio —comentaba un vecino compadecido y filósofo.

En las siguientes vacaciones, Amaral fue a visitar a su amigo Inácio, un día después de su desembarco. Llegó alborozado a su casa. Una negra vino a abrirle.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó el estudiante con alegría y voz alta.

La negra rompió a llorar.

Amaral la interrogó, pero al no obtener respuesta, u obteniéndola entrecortada por sollozos, decidió correr hacia el interior de la casa con la familiaridad propia de un amigo y la libertad que le daba la ocasión.

En el salón de los conciertos, que estaba al fondo, pudo ver a Inácio Ramos, de pie, con el violonchelo en las manos alistándose para tocar. A su lado, jugaba un niño de algunos meses.

Amaral se detuvo sin entender qué sucedía. Inácio no lo vio entrar; empuñó el arco y tocó —tocó como nunca— una elegía lastimosa que el estudiante oyó con lágrimas en los ojos. El niño, dominado al parecer por la música, miraba inmóvil el instrumento. La escena duró cerca de veinte minutos.

Cuando la música dejó de sonar, Amaral corrió hasta donde Inácio.

—¡Oh! ¡Mi divino artista! —exclamó este.

Inácio lo estrechó entre sus brazos, pero luego lo dejó y fue a sentarse en una silla con los ojos fijos en el suelo. Amaral

no comprendía nada. Sentía, no obstante, que alguna clase de agitación moral ocurría en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —respondió Inácio.

Y se incorporó y tocó de nuevo el violonchelo. No terminó, sin embargo. En medio de un acorde, interrumpió la música y le dijo a Amaral:

—Es bonito, ¿no?

—Sublime —respondió el otro.

—No. El machete es mejor.

Y dejó el violonchelo y corrió a abrazar al hijo.

—Sí, hijo mío —exclamó—, aprenderás a tocar el machete; el machete es mucho mejor.

—¿Pero qué ocurre? —balbuceó el estudiante.

—¡Oh! Nada —dijo Inácio—. Ella se fue; se fue con el machete. No quiso el violonchelo, que es demasiado grave. Tenía razón; el machete es mejor.

El alma del marido lloraba, pero los ojos estaban secos. Una hora después enloqueció.

EN EL ARCA

TRES CAPÍTULOS INÉDITOS DEL GÉNESIS

CAPÍTULO A*

¹ ENTONCES NOÉ DIJO A SUS HIJOS JAFET, SEM Y Cam: “Saldremos del arca, según la voluntad del Señor, nosotros y nuestras mujeres y todos los animales. El arca habrá de parar en la cima de una montaña. Descenderemos de ella.

² Porque el señor cumplió su promesa cuando me dijo: *He decidido acabar con toda la carne; el mal domina la tierra y es mi deseo que los hombres perezcan. Haz un arca de madera, entrarás en ella tú, tu mujer y tus hijos.*

* La traducción sigue la numeración original del relato de Machado de Assis la cual divide el texto en segmentos de frase, muy en la línea de los versículos que pueden encontrarse en las Biblias de hoy en día. Precisamente por este motivo, y a fin de resaltar esta particularidad del texto de Machado de Assis, se opta aquí por seguir la convención bíblica más común donde estas separaciones son organizadas por medio de superíndices, dispuestos en orden ascendente.

³ *Y las mujeres de tus hijos; y una pareja de todos los animales.*

⁴ “Ahora, pues, que se ha cumplido la promesa del Señor y todos los hombres han perecido y ya se han cerrado las cataratas del cielo, volveremos a descender a la tierra y a vivir en el seno de la paz y la concordia”.

⁵ Esto dijo Noé y los hijos de Noé mucho se alegraron de oír las palabras de su padre; y Noé los dejó solos retirándose a uno de los camarotes del arca.

⁶ Jafet entonces alzó su voz y dijo: “Apacible será nuestra vida. La higuera nos cederá su fruto; la oveja, la lana; la vaca, la leche; el sol, la claridad; y la noche será nuestra tienda.

⁷ Porque seremos únicos en la tierra y toda la tierra será nuestra y nadie perturbará la paz de una familia que fue eximida del castigo que hirió a todos los hombres.

⁸ Por siempre”. Entonces Sem, tras escuchar hablar a su hermano, dijo: “Tengo una idea”. A lo que Jafet y Cam respondieron: “Cuéntanos tu idea, Sem”.

⁹ Y Sem habló desde su corazón, diciendo: “Mi padre tiene su familia; cada uno de nosotros tiene su familia; nos sobra tierra; podríamos vivir en tiendas separadas. Cada uno de nosotros hará lo que mejor le parezca: plantará, cazará, labrará la madera o hilará el lino”.

¹⁰ A lo que respondió Jafet: “Me parece buena la idea de Sem. Podemos vivir en tiendas separadas. El arca se detendrá en la

cima de una montaña; mi padre y Cam bajarán por el lado del naciente; Sem y yo, por poniente. Sem ocupará doscientos codos de tierra; y yo, otros doscientos”.

¹¹ Pero Sem dijo: “Me parece que doscientos codos es poco”, por lo que Jafet replicó: “Que sean entonces quinientos para cada uno. Y entre mi tierra y la tuya habrá un río que las dividirá por el medio para que no se confunda la propiedad. Yo me quedaré en la margen izquierda y tú en la margen derecha; ¹² y mi tierra será conocida como la tierra de Jafet; y la tuya, como la tierra de Sem. E iremos a las tiendas del uno y del otro, y partiremos el pan de la alegría y la concordia”.

¹³ Y habiendo Sem aprobado la división, preguntó este a Jafet: “Pero, ¿el río? ¿A quién le pertenecerá el agua del río, la corriente?”

¹⁴ Porque nosotros poseemos las márgenes y no acordamos nada respecto a la corriente”. Y Jafet respondió que podrían pescar en ambos lados, pero, como su hermano discrepaba, propuso este dividir el río en dos partes, por medio de un palo colocado en el medio. Jafet, sin embargo, dijo que la corriente se llevaría el palo.

¹⁵ Y como Jafet respondiera así, añadió el hermano: “Puesto que no te sirve el palo, me quedo yo con el río y las dos márgenes. Y para que no haya conflicto, puedes levantar un muro, de diez o doce codos, más allá de tu antigua margen.

¹⁶ Y si con esto pierdes alguna cosa, no es grande la diferencia, ni deja de ser conveniente para que nunca más se enturbie la concordia entre nosotros, según la voluntad del Señor”.

¹⁷ Jafet, sin embargo, replicó: “¡Vete al carajo! ¿Con qué derecho me quitas la margen que es mía y me robas un pedazo de tierra? ¿Acaso eres mejor que yo, ¹⁸ o más bello, o más amado por mi padre? ¿Qué derecho tienes de violar así, tan escandalosamente, la propiedad ajena?”

¹⁹ Pues ya te digo yo que el río quedará en mi lado, con ambas márgenes, y que si te atreves a entrar en mi tierra, te mataré como Caín mató a su hermano”.

²⁰ Al oír esto, Cam se atemorizó mucho y se apresuró a calmar a sus hermanos, ²¹ los cuales tenían los ojos del tamaño de los higos y del color de la brasa, y se miraban llenos de cólera y desprecio.

²² El arca, sin embargo, flotaba sobre las aguas del abismo.

CAPÍTULO B

¹ En ese momento Jafet, preso de un ataque de cólera, comenzó a echar espuma por la boca y Cam se dirigió a él con palabras amables, ² diciendo: “Busquemos una forma de conciliar todo: voy a llamar a tu mujer y a la mujer de Sem”.

³ Pero ambos rechazaron la idea diciendo que el caso era de derecho y no de persuasión.

⁴ Y Sem le propuso a Jafet que compensase los diez codos perdidos tomando otros tantos de la parte de atrás de su tierra. Pero Jafet respondió: ⁵ “¿Por qué no me mandas directamente a los confines del mundo? Ahora, ya no te contentas con quinientos codos, sino que quieres quinientos diez y que yo me quedé con cuatrocientos noventa.

⁶ ¿No tienes sentimientos morales? ¿No sabes lo que es la justicia? ¿No ves que me robas descaradamente? ¿Y no te das cuenta de que yo sabré defender lo que es mío, incluso con riesgo de perder la vida ⁷ y que si es necesario que corra sangre, pues sangre correrá, ⁸ para castigar tu soberbia y lavar tu injusticia?”.

⁹ Entonces Sem avanzó hacia Jafet, pero Cam se interpuso, poniendo una mano en el pecho de cada uno de sus hermanos; ¹⁰ mientras tanto, el lobo y el cordero, que durante los días del diluvio habían vivido en la más dulce concordia, intrigados por el rumor de las voces, vinieron a fisgonear la pelea de los hermanos y empezaron a recelar el uno del otro.

¹¹ Y Cam dijo: “Tengo una idea maravillosa que ha de servir para arreglarlo todo; ¹² es una idea inspirada en el amor que siento por mis hermanos: sacrificaré, pues, la parte de tierra que me corresponde al lado de mi padre y me quedaré con el río y las dos márgenes y vosotros me daréis unos veinte codos cada uno”.

¹³ Sem y Jafet se rieron con desprecio y sarcasmo, diciendo: “¡Vete a plantar dátiles! Guarda tu idea para los días de la vejez”. Y jalaron las orejas y la nariz de Cam; y Jafet, metiéndose dos dedos en la boca, imitó el silbido de la serpiente, a modo de escarnio.

¹⁴ Cam, avergonzado e irritado, extendió la mano, y dijo: “Ya verán” y marchó en busca de su padre y de las mujeres de los dos hermanos.

¹⁵ Jafet, haciendo caso omiso, le dijo a Sem: “Ahora que estamos solos vamos a resolver este grave asunto por las buenas o por las malas: o me das los dos márgenes o te parto una costilla”.

¹⁶ Mientras decía esto, Jafet amenazaba a Sem con los puños. Sem, arqueando el cuerpo, le respondió con voz airada: “¡No te doy nada, rata!”.

¹⁷ A lo que Jafet contestó furioso: “¡La rata eres tú!”.

¹⁸ Dicho esto, se abalanzaron el uno sobre el otro y comenzaron a pelear. Jafet tenía el brazo duro y adiestrado; y Sem tenía a favor su resistencia. Entonces Jafet, asegurando a su hermano por la cintura, lo apretó fuertemente, gritando: “¿De quién es el río?”.

¹⁹ Y Sem respondió: “¡Es mío!”. Jafet hizo un movimiento para derribarlo, pero Sem, fuerte como era, se quitó de encima el cuerpo de su hermano y lo arrojó lejos. Jafet, sin embargo, que echaba ya espuma de cólera por la boca, volvió a sujetarlo y los dos pelearon cuerpo a cuerpo,²⁰ sudando y bufando como toros.

²¹ En la pelea, cayeron y rodaron, hiriéndose ambos. La sangre brotaba de las narices, de los labios, de los rostros. Por momentos vencía Jafet; ²² en otros, Sem. Porque la rabia los animaba por igual y ellos luchaban con las manos, los pies, los dientes y las uñas; y el arca se estremecía como si de nuevo se hubieran abierto las cataratas del cielo.

²³ Entonces las voces y los bramidos llegaron a oídos de Noé, al tiempo que su hijo Cam aparecía frente a él clamando: “Padre mío, padre mío, si en Caín la venganza recayera siete veces y en Lamech setenta veces siete, ¿qué será de Jafet y Sem?”.

²⁴ Y al pedirle Noé que explicase lo dicho, Cam le refirió la discordia de los dos hermanos y la ira que los animaba, y luego dijo: “Corre a calmarlos, Padre”.Y Noé respondió: “Vamos”.

²⁵ El arca, sin embargo, flotaba sobre las aguas del abismo.

CAPÍTULO C

¹ Y he aquí que llegó Noé al lugar donde luchaban sus dos hijos ² y los encontró todavía agarrados el uno al otro, y a Sem bajo la rodilla de Jafet, quien, con su puño, le golpeaba la cara ya roja y ensangrentada.

³ Entre tanto, Sem, alzando las manos, consiguió sujetar el cuello de su hermano y este comenzó a gritar: “¡Suéltame, suéltame!”.

⁴ Al oír los gritos, las mujeres de Jafet y Sem acudieron también al lugar de la lucha y, viéndolos así, comenzaron a sollozar y decir: “¿Qué será de nosotras? La maldición ha caído sobre nosotras y nuestros maridos”.

⁵ Noé, sin embargo, les dijo: “Callaos, mujeres de mis hijos, veré de qué se trata y ordenaré lo que fuere justo”. Y caminando hacia los dos combatientes, ⁶ gritó: “Detened la pelea. Yo, Noé, vuestro padre, lo ordeno y lo mando”. Y oyendo los dos hermanos al padre, se detuvieron súbitamente y quedaron largo tiempo perplejos y mudos, sin levantarse ninguno de ellos.

⁷ Noé continuó: “Levantaos, hombres indignos de salvación y merecedores del castigo inflingido a los demás hombres”.

⁸ Jafet y Sem se incorporaron. Ambos tenían el rostro, el cuello y las manos heridas; las ropas salpicadas de sangre porque habían luchado con uñas y dientes, instigados por un odio mortal.

⁹ El piso también estaba inundado de sangre al igual que las sandalias y cabellos de uno y otro, ¹⁰ como si el pecado los quisiera marcar con el sello de la injusticia.

¹¹ A pesar de todo, las dos mujeres se aproximaron a ellos, llorando y acariciándolos y se les veía el dolor en el corazón. Pero Jafet y Sem no atendían a nada y estaban con los ojos en el piso, temerosos de encarar a su padre, ¹² el cual les dijo: “Ahora deseo saber el motivo de la pelea”.

¹³ Estas palabras encendieron nuevamente el odio en los corazones de ambos. Jafet, sin embargo, fue el primero en hablar y dijo: ¹⁴ “Sem invadió mi tierra, la tierra que yo había elegido para levantar mi tienda cuando las aguas hubieran desaparecido y el arca descendido, según la promesa del Señor; ¹⁵ y yo que no tolero el robo, dije a mi hermano: *¿No te contentas con quinientos codos y quieres diez más?* Y él me respondió: *Quiero diez más y las dos márgenes del río que ha de dividir mi tierra de la tuya.*

¹⁶ Noé, mientras oía al hijo, tenía los ojos puestos en Sem. Y cuando Jafet terminó de hablar, le preguntó a aquél: “¿Qué respondes?”.

¹⁷ Y Sem contestó: “Jafet miente, porque yo solo tomé los diez codos de tierra después de que él se negará a dividir el río en dos partes; y habiéndole propuesto quedarme con las dos márgenes, aún consentí que él tomase otros diez codos de la parte de atrás de mis tierras, ¹⁸ para compensar lo que perdía. Pero la injusticia de Caín habló a través de él y él me hirió la cabeza, la cara y las manos”.

¹⁹ Y Jafet lo interrumpió diciendo: “¿Acaso no me heriste tú también? ¿No estoy yo mismo tan ensangrentado como tú? Mira mi cara y mi cuello; mira mis mejillas que desgarraste con tus uñas de tigre”.

²⁰ Noé estaba a punto de hablar, cuando notó que los dos hijos parecían desafiarse de nuevo con los ojos. Entonces dijo:

“¡Oídmel”, pero los dos hermanos, ciegos de rabia, se enzarzaron otra vez, gritando: “¿De quién es el río?”. “¡El río es mío!”.

²¹ Y solo a costa de mucho esfuerzo pudieron Noé, Cam y las mujeres de Sem y Jafet contener a los combatientes, cuya sangre comenzó a brotar en abundancia.

²² Noé, sin embargo, alzando la voz, exclamó: “Maldito sea aquel que no me obedezca. Maldito será, no siete, tampoco setenta, sino setecientas veces setenta”.

²³ Os digo, pues, que, antes de que descienda el arca, no quiero ningún arreglo sobre el lugar en que levantaréis vuestras tiendas”. ²⁴ Después permaneció meditabundo.

²⁵ Y alzando los ojos al cielo, pues la portezuela del techo estaba levantada, exclamó con tristeza: ²⁶ “Ellos aún no poseen la tierra y ya están peleando por causa de los límites. ¿Qué sucederá cuando lleguen los tiempos de Turquía y Rusia?”.

²⁷ Y ninguno de los hijos de Noé pudo entender estas palabras de su padre.

²⁸ El arca, sin embargo, continuaba flotando sobre las aguas del abismo.

EL ESPEJO

ESBOZO DE UNA NUEVA TEORÍA DEL ALMA HUMANA

CUATRO O CINCO CABALLEROS DEBATÍAN, UNA noche, varias cuestiones de gran trascendencia, sin que la disparidad de sus opiniones tuviese el menor efecto en los ánimos. La casa donde se encontraban estaba en la colina de Santa Teresa; el salón era pequeño, iluminado con velas cuya luz se fundía misteriosamente con el resplandor de la luna que llegaba del exterior. Entre la ciudad, con sus agitaciones y aventuras, y el cielo, en el que las estrellas parpadeaban a través de una atmósfera límpida y sosegada, estaban nuestros cuatro o cinco investigadores de asuntos metafísicos, resolviendo amigablemente los más arduos problemas del universo.

¿Por qué cuatro o cinco? En rigor, eran cuatro los que hablaban, pero, además de ellos, había en el salón un quinto personaje, callado, pensativo, adormecido, cuya participación en el debate no pasaba de uno que otro gruñido de aprobación.

Este hombre tenía la misma edad que sus compañeros, entre cuarenta y cincuenta años, era provinciano, acaudalado, inteligente, instruido y, al parecer, astuto y cáustico. No discutía nunca. Y defendía esta abstinencia con una paradoja. Decía que la discusión era la forma sofisticada del instinto guerreiro que yace en el hombre a modo de una herencia bestial. Y agregaba que los serafines y querubines no polemizaban nada y eran, por ello mismo, arquetipos de la perfección espiritual y eterna. Como ofreció esta misma respuesta aquella noche, uno de los presentes lo desafió a demostrar lo que defendía, si era capaz. Jacobina (que así se llamaba él) reflexionó un instante y le respondió:

—Pensándolo bien, quizá tenga usted razón.

Todo habría seguido igual de no ser por que, en medio de la noche, este testarudo tomó la palabra y no por dos o tres minutos, sino por treinta o cuarenta. La conversación, a pesar de sus meandros, vino a recalar en la naturaleza del alma, punto que dividió radicalmente a los cuatro amigos. Cada cabeza, cada oración hacían que, no solo el acuerdo, sino la discusión misma se tornará difícil, de hecho imposible por la multiplicidad de cuestiones que se deducían del tronco principal y, un poco también, por la inconsistencia de los pareceres. Uno de los polemistas pidió a Jacobina que diera alguna opinión, una conjetura por lo menos.

—Ni conjetura, ni opinión —respondió este—; una u otra pueden dar lugar al desacuerdo y, como saben, yo no discuto. Pero, si me escuchan callados, puedo contarles un episodio de mi vida que ofrece la más clara demostración acerca de la materia que estamos tratando. En primer lugar, no hay solo un alma, hay dos...

—¿Dos?

—Nada menos que dos almas. Cada criatura humana tiene dos almas: una que mira de dentro hacia fuera; otra que mira de fuera hacia dentro... Sorpréndanse si quieren. Pueden quedar boquiabiertos, encoger los hombros, todo lo que deseen. No admito réplica. Si me replican, termino mi cigarro y me voy a dormir. El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, un procedimiento. Hay casos, por ejemplo, en que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona. Y así también lo pueden ser la polca, el tresillo, un libro, una máquina, un par de botas, una cavatina, un tambor, etc. Está claro que el oficio de esa segunda alma es expandir la vida, al igual que lo es para la primera; las dos completan al ser humano, que es, metafísicamente hablando, una naranja. Quien pierde una de sus mitades pierde, naturalmente, la mitad de su existencia. Y hay casos, no raros, en que la pérdida del alma exterior tiene efecto en la existencia entera. Shylock, por ejemplo. El alma

exterior de aquel judío eran sus ducados. Perderlos equivalía para él a morir. “Nunca más veré mi oro”, le dijo a Tubal, “es un puñal que me entierras en el corazón”. Escuchen bien esta frase: la pérdida de los ducados, alma exterior, suponía la muerte para él. Ahora bien, es preciso entender que el alma exterior no es siempre la misma...

—¿No?

—No, señor. Cambia de naturaleza y de estado. No aludo a ciertas almas absorbentes, como la patria, con la cual dijo Camões que moría;* o el poder, que fue el alma exterior de César y de Cromwell. Estas son almas enérgicas y exclusivas, pero hay otras que, aunque enérgicas, son de naturaleza voluble. Existen caballeros, por ejemplo, cuya alma exterior, en los primeros años, fue un sonajero o un caballito de madera, y más tarde la proveeduría en una hermandad, supongamos. Por lo que a mí respecta, conozco una señora —en realidad, gentilísima— que cambia de alma exterior cinco, seis veces por año. Durante la temporada lírica es la ópera; pero cuando termina la temporada, la sustituye por otra: un concierto, un baile del casino, la Rua do Ouvidor, Petrópolis.

—Disculpe, pero ¿quién es esa señora?

* Según la tradición, Luis Vaz de Camões (1525-1580) sabiéndose ya al borde de la muerte y viendo el asedio de España a su tierra, Portugal, declaró: “En suma, mi vida se apagará y verán que fue tal el amor a mi patria que no me bastó morir en ella, sino con ella”.

—Esa señora es pariente del diablo y tiene su mismo nombre: se llama Legión... Y así como este hay muchos otros casos. Yo mismo he experimentado estos cambios. No los cuento porque tendríamos para rato. Me restrinjo al episodio que les mencioné. Un episodio de mis veinticinco años...

Los cuatro compañeros, ansiosos por oír la historia prometida, olvidaron la controversia. ¡Bendita curiosidad! Tú no eres solo el ama de la civilización, eres también la manzana de la concordia, fruta divina, de sabor distinto al de aquella otra de la mitología. El salón, hasta hace poco agitado por la física y la metafísica, es ahora un mar muerto. Todos los ojos están en Jacobina, quien empareja la punta de su cigarro mientras invoca sus recuerdos. He aquí cómo inició su relato:

—Yo tenía veinte cinco años, era pobre y acababa de ser nombrado alférez de la Guardia Nacional. No imaginan el revuelo que esto tuvo en nuestra casa. ¡Mi madre se sintió tan orgullosa! ¡Tan contenta! Me llamaba su alférez. Mis primos y tíos se alegraron todos de una manera sincera y pura. En el pueblo, nótese bien, hubo algunos que se resintieron con la noticia. Lloraron y les rechinaron los dientes, como en las Escrituras; y el motivo no fue otro distinto a que el puesto tenía muchos aspirantes y que estos habían perdido. Supongo también que una parte del disgusto fue enteramente gratuita: nació de la simple distinción. Me acuerdo de algunos muchachos

que se llevaban bien conmigo y que pasaron a mirarme de reojo durante algún tiempo. En compensación, hubo muchas personas que quedaron satisfechas con el nombramiento y la prueba es que el uniforme completo me lo regalaron mis amigos... Entonces una de mis tías, doña Marcolina, viuda del capitán Peçanha, que vivía a muchas leguas del pueblo, en un lugar apartado y solitario, quiso verme y pidió que yo fuese a visitarla y llevase el uniforme. Viajé acompañado por un paje que a los pocos días regresó al pueblo, porque la tía Marcolina apenas me agarró escribió a mi madre para decirle que no me soltaba antes de un mes, por lo menos. ¡Y cómo me abrazaba! Ella también me llamaba su alférez. Me decía que yo era un joven apuesto. Como era un poco bromista, llegó a confesarme que tenía envidia de la muchacha que habría de convertirse en mi mujer. Juraba que en toda la provincia no había otro que pudiese igualarme. Y siempre tratándome de alférez. Alférez por aquí, alférez por allá, alférez a todas horas. Yo le pedía que me llamase Joãozinho como antes. Y ella sacudía la cabeza y gritaba que no, que era el señor alférez. Un cuñado de ella, hermano del finado Peçanha, que allí vivía, no me llamaba de otro modo. Era el “señor alférez”, no en broma, sino en serio y delante de los esclavos, quienes, naturalmente, siguieron el mismo camino. En la mesa yo tenía reservado el mejor lugar y era el primero en ser servido. No se lo pueden

imaginar. Con decirles que el entusiasmo de la tía Marcolina llegó al punto de mandar poner en mi cuarto un espejo enorme, obra rica y magnífica, que desentonaba con el resto de la casa, cuyo mobiliario era modesto y sencillo... Era un espejo que le había regalado su madrina y que esta había heredado de la madre, quien se lo compró a una de las hidalgas venidas en 1808 con la corte de don João VI. No sé lo que había en eso de verdad, pero era lo que se decía. Naturalmente, el espejo estaba muy viejo, pero aún se podía apreciar en este el oro carcomido en parte por el tiempo, unos delfines esculpidos en los ángulos superiores del marco, unos engastes de nácar y otros caprichos del artista. Todo viejo, pero bueno...

—¿Era un espejo grande?

—Sí. Y fue, como digo, un enorme detalle, porque el espejo estaba en la sala. Era la mejor pieza de la casa. Pero no hubo forma de disuadir a mi tía. Ella respondía que no hacía falta, que era solo por algunas semanas y, finalmente, que el “señor alférez” merecía mucho más. Lo cierto es que todas esas cosas, cariños, atenciones, obsequios, produjeron en mí una transformación que los sentimientos naturales de la juventud ayudaron a reforzar. Creo que ya lo pueden imaginar, ¿no?

—Pues no.

—El alférez terminó por eliminar al hombre. Durante algunos días las dos naturalezas se equilibraron, pero no tardó

mucho en que la original cediera a la otra. Lo que me quedó apenas fue una parte mínima de humanidad. Sucedió entonces que el alma exterior, que era antes el sol, el aire, el campo, los ojos de las muchachas, cambió de naturaleza y pasó a ser la cortesía y las adulaciones de la casa, todo lo que me hablaba del cargo, nada que me hablase del ser humano. La única parte de mi personalidad que permaneció conmigo fue aquella que se relacionaba con el ejercicio del grado militar; la otra se desvaneció en el aire y en el pasado. Les cuesta creerlo, ¿verdad?

—Me cuesta más entenderlo —respondió uno de los oyentes.

—Ya lo va a entender. Los hechos explicarán mejor los sentimientos; los hechos son todo. La mejor definición del amor no vale un beso de una joven enamorada; y, si bien recuerdo, un filósofo antiguo demostró el movimiento caminando. Vamos a los hechos. Veámos cómo, al tiempo que la conciencia del hombre se borraba, la del alférez se hacía cada vez más viva e intensa. Los dolores humanos, las alegrías, si eran solo eso, apenas despertaban en mí alguna compasión apática o una sonrisa forzada. Al cabo de tres semanas, era otro, totalmente otro. Era exclusivamente un alférez. Pues bien, un día la tía Marcolina recibió una mala noticia: una de sus hijas, casada con un labrador que vivía a unas cinco leguas, estaba mal y al borde de la muerte. ¡Adiós, sobrino, adiós, alférez! Era una

madre dedicada y emprendió inmediatamente el viaje. Le pidió al cuñado que fuera con ella y a mí que me encargara del lugar. Creo que de no ser por la angustia ella habría obrado de otro modo, habría quizá dejado al cuñado y habría partido conmigo. Pero lo cierto es que me quedé solo, con los pocos esclavos de la casa. Les confieso que al instante sentí una gran opresión, algo semejante al efecto de las cuatro paredes de una cárcel, súbitamente levantadas a mi alrededor. Era el alma exterior que se reducía. Estaba ahora limitada a algunos espíritus toscos e ignorantes. El alférez continuaba dominándome, aunque la vida fuera menos intensa y la conciencia más débil. Los esclavos ponían una nota de humildad en sus cortesías que, en cierto modo, compensaba el afecto de los parientes y la intimidad doméstica interrumpida. Noté, aquella misma noche, que ellos redoblaban su respeto, su alegría, sus atenciones. “El señor alférez”, a cada minuto: que “el señorito alférez es muy guapo”, que “el señorito alférez va a ser coronel”, que “el señorito alférez va a casarse con una mujer bonita, hija de general”. En fin, un concierto de elogios y profecías que me dejaron extático. ¡Ah, pérfidos! Qué iba yo a sospechar la intención secreta de aquellos malvados.

—¿Matarlo?

—Ojalá hubiera sido eso.

—¿Algo peor?

—Escúchenme. A la mañana siguiente me encontré solo. Los bellacos, inducidos por otros, o por propia voluntad, habían resuelto huir durante la noche; y así lo hicieron. Me encontré solo, sin nadie, entre cuatro paredes, frente a la propiedad desierta y el terreno abandonado. Ni un suspiro humano. Corrí por toda la casa, por el barracón donde dormían los esclavos*, por todas partes, pero nada, nadie, ni siquiera un chiquillo. Tan solo gallos y gallinas, un par de mulas que filosofaban sobre la vida sacudiéndose las moscas con la cola y tres bueyes. ¡Hasta los perros se habían llevado los esclavos! Ningún ser humano. ¿Les parece que esto era mejor que haber muerto? Pues no. Era peor. No por miedo. Les juro que no tenía miedo. Era un poco temerario en ese entonces, tanto que no sentí nada durante las primeras horas. Me entristecí por el daño causado a la tía Marcolina; también me sentí un poco perplejo sin saber si debía ir en su búsqueda para darle la triste noticia o si era mejor quedarme cuidando la casa. Opté por lo segundo para no abandonar la propiedad y porque, en caso de que mi prima estuviera realmente grave, lo único que lograría sería acrecentar el dolor de la madre, sin poder hacer nada. Finalmente, decidí esperar que el hermano del

* En el original, *senzala*. Corresponde al lugar que servía como vivienda para los esclavos dentro de la hacienda. Sus condiciones por lo general eran pésimas.

tío Peçanha volviera durante aquel día, o al siguiente, puesto que habían salido hacía más de treinta y seis horas. Pero la mañana transcurrió sin el menor rastro suyo. Y en la tarde comencé a sentirme como una persona que hubiera perdido toda sensibilidad y no tuviera conciencia de su acción muscular. El hermano del tío Peçanha no regresó ese día, ni tampoco al siguiente, ni en toda aquella semana. Mi soledad adquirió proporciones enormes. Nunca los días fueron más largos, nunca el sol abrasó la tierra con una obstinación más agotadora. Las horas sonaban de siglo a siglo en el viejo reloj de la sala, cuyo péndulo, *tic-tac-tic-tac*, me hería el alma interior como un capirotazo incesante de la eternidad. Cuando, muchos años después, leí una poesía estadounidense, creo que de Longfellow, y di con este famoso estribillo: “Never, for ever! For ever, never!”, les confieso que sentí un escalofrío. Me acordé de aquellos días terribles. Era justamente eso lo que hacía el reloj de la tía Marcolina: “Never, forever! — Forever. Never!”. No eran los golpes de un péndulo, era un diálogo del abismo, el murmullo de la nada. ¡Y qué decir de la noche! No es que la noche fuera más silenciosa. El silencio era el mismo que el del día. Pero la noche era la sombra, era la soledad aún más estrecha o más amplia. *Tic-tac, tic-tac*. Nadie en las habitaciones, en el balcón, en los pasillos, nadie en ninguna parte... ¿Se ríen?

—Sí, parece que usted tenía un poco de miedo.

—¡Ojalá hubiese podido tener miedo! Pero lo singular de aquella situación es que ni siquiera podía sentir miedo, es decir, lo que vulgarmente se entiende por miedo. Sentía algo inexplicable. Era como un difunto andando, un sonámbulo, un autómatas. Cuando dormía era otra cosa. El sueño me aliviaba, no por la razón común de ser hermano de la muerte, sino por otra diferente. Creo que puedo explicar así ese fenómeno: el sueño, al eliminar la necesidad de un alma exterior, dejaba actuar al alma interior. En los sueños, me uniformaba orgullosamente en medio de la familia y amigos, quienes elogiaban mi gallardía y me llamaban alférez. Venía un amigo de la casa y me prometía un puesto de teniente, otro el de capitán o mayor; y todo eso me hacía vivir. Pero cuando despertaba, en pleno día, se desvanecía con el sueño la conciencia de ser nuevo y único, porque el alma interior perdía su exclusividad y quedaba sometida a la otra que se empeñaba en no regresar... Y no regresaba. Yo salía de la casa, miraba de un lado a otro, a ver si descubría alguna señal de retorno. *Souer Anne, soeur Anne, ne vois-tu rien venir?* Nada, ningún humano tal como la leyenda francesa. Nada aparte de la polvareda del camino y la maleza de las colinas. Volvía adentro, nervioso, desesperado, me estiraba en el canapé del salón. *Tic-tac, tic-tac*. Me levantaba, paseaba, tamborileaba en

los cristales de las ventanas, silbaba. En cierta ocasión, se me ocurrió escribir alguna cosa, un artículo político, una novela, una oda; no elegí nada definitivo. Me senté y garabateé en el papel algunas palabras y frases sueltas para intercalarlas luego en el escrito. Pero el escrito, como la tía Marcolina, tampoco llegaba. *Soeur Anna, soeur Anne...* Nada. Como mucho veía ennegrecer la tinta y blanquearse el papel.

—Pero ¿no comía?

—Comía mal, frutas, harina, conservas, algunas raíces tostadas al fuego, pero soportaría todo alegremente si no fuera por la terrible situación moral en la que me hallaba. Recitaba versos, discursos, pasajes latinos, lirás de Gonzaga, octavas de Camões, décimas, una antología en treinta volúmenes. A veces hacía gimnasia; otras, me pellizcaba las piernas, pero el efecto era solo una sensación física de dolor o cansancio y nada más. Todo era silencio, un silencio vasto, enorme, infinito, apenas subrayado por el eterno *tic-tac* del péndulo. *Tic-tac, tic-tac...*

—La verdad que era para volverse loco.

—Y no han oído lo peor. Debo decir que, desde que me quedé solo, no me miré ni una sola vez al espejo. No era una abstención deliberada, no tenía ningún motivo para ello. Era un impulso inconsciente, un recelo de verme desdoblado en aquella casa solitaria. Y si tal explicación es verdadera, nada prueba mejor la contradicción humana, porque al cabo de

ocho días me dio un impulso por mirarme al espejo con el fin, justamente, de duplicarme. Me miré y retrocedí. El propio vidrio parecía confabulado con el resto del universo. Este no reflejó una figura nítida y entera, sino una vaga, atenuada, difusa, sombra de sombra. La realidad de las leyes físicas me impide negar que el espejo me haya reproducido tal cual, con los mismos contornos y facciones. Así debió ocurrir. Pero esa no fue mi impresión. Entonces tuve miedo. Atribuí el fenómeno a la excitación nerviosa en que me hallaba, temí quedarme allí más tiempo y enloquecer. “Me largo”, murmuré. Y alcé el brazo con un gesto de mal humor y al mismo tiempo de decisión mientras miraba el espejo. Allí estaba el gesto, sí, pero disperso, deshilachado, mutilado... Empecé a vestirme, mascullando para mis adentros, tosiendo sin tos, sacudiendo la ropa con estrépito, haciéndome un lío con los botones, por decirlo de algún modo. De vez en cuando, echaba un vistazo furtivo al espejo. La imagen seguía siendo la misma confusión de líneas, la misma descomposición de contornos. Continué vistiéndome. Súbitamente, movido por una inspiración inexplicable, por un impulso sin lógica, se me ocurrió... Apuesto a que no son capaces de adivinar cuál fue mi idea...

—No, dígalo, por favor.

—Estaba mirando el espejo con la persistencia de un desesperado, contemplando mis facciones desparramadas e

incompletas, una nube de líneas sueltas, amorfas, cuando se me ocurrió que... No, no son ustedes capaces de adivinarlo.

—Pero, dígalos de una buena vez, dígalos.

—Lo que se me ocurrió fue ponerme el uniforme de alférez. Y así procedí, prenda por prenda, todo. Y como estaba frente al espejo, alcé los ojos, y... no, no van a creerme; el espejo reprodujo entonces la figura íntegra. Ni una línea de menos, ningún contorno borroso. Era yo mismo, el alférez, que por fin hallaba el alma exterior. Esa alma que había partido con la dueña de casa, esa alma dispersa que se había fugado con los esclavos, estaba toda allí recompuesta en el espejo. Imaginen un hombre que, poco a poco, emerge del letargo, abre los ojos sin ver del todo, recobra después la visión, llega a distinguir las personas de los objetos, pero no puede conocer individualmente ni unos ni otros. Sabe, en suma, que este es fulano y aquel mengano, que aquí hay una silla y allá un sofá. Todo vuelve a ser lo que era antes del sueño. Pues es lo mismo que a mí me sucedió. Me miraba al espejo, iba de un lado para otro, retrocedía, gesticulaba, sonreía, y el espejo lo registraba todo. No era más un autómatas, era un ente animado. De ahí en adelante fui otro. Cada día, a una determinada hora, me vestía de alférez y me sentaba frente al espejo para leer, mirarme, meditar. Al cabo de dos, tres horas me desvestía

otra vez. Con ese régimen pude atravesar, sin sentirlos, seis días más de soledad...

Cuando los otros reaccionaron, el narrador ya había descendido las escaleras.

LA CHINELA TURCA

OBSERVEN AL LICENCIADO DUARTE. ACABA DE ajustar el más firme y correcto nudo de corbata que apareció en aquel año de 1850, y ya le anuncian la visita del mayor Lopo Alves. Noten que es de noche y que son más de las nueve. Duarte se estremeció y tenía dos razones para ello. La primera era que el mayor, sin importar la ocasión, era uno de los sujetos más molestos de su tiempo. La segunda es que él se preparaba precisamente para ir a ver, en un baile, los más finos cabellos dorados y los más pensativos ojos azules que este clima nuestro, tan avaro con ellos, haya jamás producido. Tenía una semana aquel noviazgo. Su corazón, arrebatado entre dos vales, confió a sus ojos, que eran castaños, una declaración en regla, que ellos puntualmente transmitieron a la muchacha, diez minutos antes de la cena, lo que hizo que recibiera una respuesta favorable luego del chocolate. Tres días después estaba en camino la primera carta y por el modo en

que iban las cosas no era motivo de sorpresa que, antes de terminar el año, estuviesen los dos de camino a la iglesia. En estas circunstancias, la llegada de Lopo Alves era una verdadera calamidad. Viejo amigo de la familia, compañero de su finado padre en el ejército, merecía el mayor de los respetos. Imposible despedirlo o tratarlo con frialdad. Existía felizmente una circunstancia atenuante: el mayor estaba emparentado con Cecilia, la muchacha de los ojos azules. Así que, en caso de necesidad, ese sería un voto seguro.

Duarte se puso una bata y se dirigió a la sala donde Lopo Alves, con un rollo debajo el brazo y los ojos fijos en el aire, parecía totalmente ajeno a la llegada del licenciado.

—¿Qué buen viento lo trajo a Catumbi a semejante hora? —preguntó Duarte dando a la voz una expresión de placer, aconsejada no menos por el interés que por los buenos modales.

—No sé si el viento que me trajo es bueno o malo —respondió el mayor sonriendo por debajo del espeso bigote grisáceo—; sé que fue un viento fuerte. ¿Va a salir?

—Voy a Rio Comprido.

—Comprendo. Va a la casa de la viuda Meneses. Mi mujer y las pequeñas ya deben estar allá. Yo iré más tarde, si puedo. Creo que es temprano, ¿no?

Lopo Alves sacó el reloj y vio que eran las nueve y media. Pasó su mano por el bigote, se incorporó, dio algunos pasos

por la sala, volvió a sentarse y dijo:

—Quiero darle una noticia que ciertamente lo sorprenderá. Escribí... escribí una obra de teatro.

—¡Una obra de teatro! —exclamó el licenciado.

—¿Qué quiere? Desde pequeño padecí estos achaques literarios. El servicio militar no me curó y, más bien, resultó ser apenas un paliativo. La enfermedad regresó con la fuerza de los primeros tiempos. Y ahora ya no hay más remedio que dejarla ser, e ir simplemente ayudando a la naturaleza.

Duarte recordó que el mayor, efectivamente, hablaba en otro tiempo de algunos discursos inaugurales, dos o tres panegíricos, y una buena suma de artículos que escribiera acerca de las campañas de Río de la Plata. Sin embargo, hacía muchos años que Lopo Alves había dejado en paz a los generales condecorados y a los difuntos. Nada hacía pensar que la enfermedad hubiera regresado, sobre todo en la forma de una obra de teatro. Esta situación habría sido comprensible para el licenciado de haber sabido que Lopo Alves, algunas semanas antes, asistió a la representación de una pieza del género ultrarromántico, obra que le agradó mucho y le sugirió la idea de enfrentar las luces del tablado. No entró el mayor en estas minucias necesarias y el licenciado quedó sin conocer el motivo de la explosión dramática del militar. Ni lo supo ni fue necesario. Alabó mucho las facultades mentales del mayor, manifestó cálidamente la expectativa

que albergaba de verlo salir triunfante de aquel debut, prometió que lo recomendaría a algunos amigos que tenía en el *Correio Mercantil*, y solo se detuvo y empalideció cuando vio al mayor, trémulo de bienaventuranza, abrir el rollo que traía consigo.

—Le agradezco sus buenas intenciones —dijo Lopo Alves— y acepto el obsequio que me promete. Antes de este, sin embargo, deseo otro. Sé que usted es inteligente e instruido. Va a tener que decirme francamente lo que piensa de este trabajo. No le pido elogios, exijo honestidad, brutal honestidad. Si cree que no es capaz, dígalo sin reparo.

Duarte procuró apartar aquel cáliz de amargura, pero era difícil pedirlo e imposible lograrlo. Consultó melancólicamente el reloj que marcaba nueve horas y cincuenta y cinco minutos mientras que el mayor hojeaba paternalmente las ciento y ochenta hojas del manuscrito.

—Esto se lee de una sentada —dijo Lopo Alves—; yo sé por experiencia lo que son los jóvenes y lo que son los bailes. Descanse que hoy todavía bailará dos o tres valsés más con *ella*, si lo quiere, o con ellas. ¿No cree que es mejor que vayamos a su gabinete?

Era indiferente para el licenciado el lugar del suplicio. Accedió al deseo del huésped. Este, con la libertad que le daban sus relaciones, le dijo al sirviente que no dejara entrar a nadie. El verdugo no quería testigos. La puerta del gabinete se cerró. Lopo Alves tomó su lugar al pie de la mesa teniendo

en frente al licenciado, que hundió su cuerpo e impaciencia en una vasta poltrona de cuero, resuelto a no decir palabra alguna para llegar más rápido al final.

La obra se dividía en siete escenas. Esta indicación produjo un escalofrío en el oyente. Nada había de nuevo en aquellas ciento y ochenta páginas aparte de la letra del autor. Los temas, los caracteres, las *ficelles* y hasta el estilo correspondían a los más acabados tipos del romanticismo desgreñado. Lopo Alves intentaba hacer pasar la obra como invención cuando no hacía más que hilvanar sus reminiscencias. En otra ocasión, la obra sería un buen pasatiempo. En la primera escena, especie de prólogo, había una pequeña que era robada a su familia, un envenenamiento, dos amordazados, la punta de un puñal y una buena cantidad de adjetivos no menos afilados que el puñal. En la segunda se daba cuenta de la muerte de uno de los amordazados que debía resucitar en el tercero para ser preso en el quinto y matar al tirano en el séptimo. Además de la muerte aparente del amordazado, en la segunda escena se repetía el rapto de la pequeña —ya para ese momento muchacha de diez y siete años—, un monólogo que parecía durar el mismo tiempo y el robo de un testamento.

Serían casi las once cuando acabó la lectura de esta segunda escena. Duarte apenas podía contener la cólera. Era ya imposible ir a Rio Comprido. Y no sería exagerado conjeturar que,

si el mayor muriese en aquel momento, Duarte agradecería su muerte como un beneficio de la Providencia. Los sentimientos del licenciado no hacían creer tamaña ferocidad, pero la lectura de un mal libro es capaz de producir fenómenos aun más espantosos. Agréguese que mientras ante los ojos carnosos del licenciado aparecían en toda su espesura las greñas de Lopo Alves, le brillaban en el espíritu los hilos de oro que ornaban la hermosa cabeza de Cecilia. La veía con los ojos azules, la tez blanca y rosada, el gesto delicado y gracioso, dominando todas las demás damas que debían estar en el salón de la viuda Meneses. Veía aquello y oía mentalmente la música, la charla, el sonido de los pasos, el rugir de las sedas mientras que la voz ronca y sin sabor de Lopo Alves iba narrando las escenas y los diálogos con la impasibilidad propia de una gran convicción.

El tiempo volaba y el oyente ya había perdido la cuenta de las escenas. La medianoche había sonado en los relojes desde hace mucho. De repente, Duarte vio que el mayor enrollaba otra vez el manuscrito, se erguía, se ponía rígido, clavaba en él unos ojos llenos de odio y malignos, y salía arrebatadamente del gabinete. Duarte quiso llamarlo, pero el pasmo le ahogó la voz y los movimientos. Cuando pudo dominarse, escuchó el golpe del tacón vigoroso y colérico del dramaturgo en la piedra de la calzada.

Fue a la ventana. Nada vio ni oyó. Autor y drama habían desaparecido.

—¿Por qué no hizo eso antes? —dijo el joven suspirando.

El suspiro apenas tuvo el tiempo de abrir las alas y salir por la ventana hacia la calle en busca de Río Comprido, cuando el sirviente del licenciado vino a anunciarle la visita de un hombre bajo y gordo.

—¡A esta hora! —exclamó Duarte.

—A esta hora —repitió el hombre bajo y gordo que ya entraba a la sala—. A esta o a cualquier hora puede la policía entrar en la casa de un ciudadano, siempre que se trate de un delito grave.

—¿Un delito?

—Creo que me conoce...

—No tengo ese honor.

—Soy funcionario de la policía.

—¿Pero qué tengo que ver yo con usted? ¿De qué delito se trata?

—Poca cosa: un hurto. El señor es acusado de haber sustraído una chinela turca. Aparentemente no vale nada o vale muy poco la tal chinela. Pero hay chinelas y chinelas. Todo depende de las circunstancias.

El hombre dijo esto con una sonrisa sarcástica y clavando en el licenciado unos ojos de inquisidor. Duarte no sabía

quiera de la existencia del objeto robado. Concluyó que se trataba de una equivocación y no se molestó por la injuria lanzada contra él y de algún modo también contra su clase, al atribuirle un robo menor. Esto mismo le dijo al funcionario de la policía agregando que, en cualquier caso, no era ese un motivo para incomodarlo a semejante hora.

—Tiene que perdonarme usted —dijo el representante de la autoridad. La chinela en cuestión vale algunas decenas de contos de real. Y está ornamentada con diamantes finísimos que la hacen singularmente preciosa. No es turca solo por la forma sino también por su origen. La dueña, que es una de nuestras compatriotas más viajeras, estuvo, hace cerca de tres años, en Egipto, donde se la compró a un judío. La historia que este alumno de Moisés le refirió acerca de aquel producto de la industria musulmana es verdaderamente milagrosa y, a mi parecer, perfectamente falsa. Pero no viene al caso decirlo. Lo que importa es que esta fue robada y que la Policía tiene una denuncia contra usted.

En este punto del discurso, llegó el hombre a la ventana. Duarte sospechó que se tratase de un loco o un ladrón. No tuvo tiempo de considerar la sospecha porque, en pocos segundos, vio entrar cinco hombres armados que le amarraron las manos y lo condujeron escaleras abajo, a pesar de los gritos que profería y de los movimientos desesperados que

hacía. En la calle había un carruaje en el que lo metieron a la fuerza. Allí ya estaba el hombre bajo y gordo y otro sujeto alto y flaco que lo recibieron e hicieron sentar en el fondo del carruaje. Oyó restallar el latigo del cochero y el carruaje partió furtivamente.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el hombre gordo—. Con que entonces pensaba que podría hurtar impunemente chinelas turcas, enamorar muchachas rubias, casarse incluso con ellas... y reírse de todo el género humano.

Escuchar la alusión a la dama de sus pensamientos hizo que Duarte experimentara un escalofrío. Se trataba, al parecer, de un desquite fraguado por un rival despechado. ¿O la alusión sería casual y extraña a la aventura? Duarte se extravió en una maraña de conjeturas, mientras que el carruaje continuaba andando a todo galope. Después de un tiempo, arriesgó una observación:

—Sean los que sean mis crímenes supongo que la Policía...

—Nosotros no somos de la Policía —interrumpió fríamente el hombre flaco.

—¡Ah!

—Este caballero y yo hacemos un par. Él, usted y yo hacemos un trío. Ahora bien, un trío no es mejor que un par. No, no es posible. Una pareja es lo ideal. Probablemente no me entiende, ¿verdad?

—No, señor.

—Entenderá más adelante.

Duarte se resignó a esperar, se acomodó en silencio, inclinó el cuerpo y se dejó llevar por el carruaje y la aventura. Cinco minutos después se detuvieron los caballos.

—Llegamos —dijo el hombre gordo.

Diciendo esto, sacó un paño del bolsillo y se lo ofreció al licenciado para que se tapase los ojos. Duarte se negó, pero el hombre flaco le señaló que era más prudente obedecer que resistir. No se resistió el licenciado. Ató el pañuelo y se bajó del coche. Escuchó, no muy lejos, chirriar una puerta. Dos personas —probablemente las mismas que lo acompañaban en el carruaje— le aseguraron las manos y lo condujeron por una infinidad de corredores y escaleras. Mientras andaba, escuchaba el licenciado voces desconocidas, palabras sueltas, frases truncadas. Al final se detuvieron. Le dijeron que se sentara y se descubriera los ojos. Duarte obedeció, pero al quitarse la venda no vio a nadie más.

Era una sala enorme, bastante iluminada, amoblada con elegancia y opulencia. Era tal vez excesiva la variedad de adornos; con todo, la persona que los escogió debía tener un gusto refinado. Los bronces, jarrones, tapetes, espejos —la cantidad infinita de objetos que llenaban la sala era de la mejor manufactura—. La vista de aquello le restituyó la

serenidad de ánimo al licenciado; no era probable que allí viviesen ladrones.

Se reclinó el joven indolentemente en una otomana. ¡Una otomana! Esta circunstancia le trajo a la memoria el comienzo de la aventura y el robo de la chinela. Algunos minutos de reflexión bastaron para entender que aquella chinela resultaba ahora más problemática. Hurgando más en el terreno de las conjeturas, le pareció hallar una explicación nueva y definitiva. La chinela venía a ser una metáfora; se trataba del corazón de Cecilia, que él robara, delito por el que lo quería castigar su imaginario rival. A esto respondían naturalmente las palabras misteriosas del hombre flaco: un par es mejor que un trío; una pareja es lo ideal.

—Tiene que ser eso —concluyó Duarte—. Pero ¿quién será el pretendiente derrotado?

En ese momento se abrió una puerta del fondo de la sala y negreó la sotana de un sacerdote viejo y calvo. Duarte se levantó como por efecto de un resorte. El padre atravesó lentamente la sala, y al pasar por delante de él le dejó una bendición, y fue a salir por otra puerta abierta en la pared de enfrente. El licenciado quedó inmóvil, mirando hacia la puerta, mirando sin ver, estúpido en todos los sentidos. Lo inesperado de aquella aparición trastocó totalmente sus ideas previas sobre la aventura. No tuvo tiempo, mientras

tanto, de concebir alguna nueva explicación, porque la primera puerta se abrió otra vez y entró por ella una nueva figura, esta vez el hombre delgado, quien fue directo a él y lo invitó a seguirlo. Duarte no opuso resistencia. Salieron por una tercera puerta y, atravesando algunos corredores más o menos iluminados, fueron a dar a otra sala donde solo resplandecían dos velas dispuestas en candelabros de plata. Los candelabros estaban sobre una mesa larga. En la cabecera de esta había un hombre viejo que aparentaba tener unos cincuenta y cinco años. Era una figura atlética, llena de cabellos en la cabeza y la cara.

—¿Me conoce? —preguntó el viejo luego que Duarte entró en la sala.

—No, señor.

—No es necesario. Lo que vamos a hacer excluye absolutamente la necesidad de cualquier presentación. Sepa en primer lugar que el robo de la chinela fue un simple pretexto.

—¡Oh! ¡Realmente! —interrumpió Duarte.

—Un simple pretexto —continuó el viejo— para traerlo a nuestra casa. La chinela no ha sido robada; nunca salió de las manos de la dueña. João Rufino, ve a buscar la chinela.

El tipo flaco salió y el viejo le confesó al licenciado que la famosa chinela no tenía ningún diamante, ni había sido comprada a ningún judío egipcio. Era, no obstante, turca, según le

dijo, y un milagro de miniatura. Duarte escuchó las explicaciones y, reuniendo todas sus fuerzas, preguntó resueltamente:

—Pero, señor, ¿no me dirá de una vez qué es lo que quieren de mí y qué es lo que estoy haciendo en esta casa?

—Ya lo sabrá —respondió tranquilamente el viejo.

La puerta se abrió y apareció el hombre delgado con la chinela en la mano. Duarte, invitado a aproximarse hacia la luz, tuvo la oportunidad de verificar que la miniatura era realmente un milagro. La chinela era de cuero curtido y finísimo. En la suela, cubierta y forrada de azul, brillaban dos letras bordadas en oro.

—Chinela de niño, ¿no le parece? —dijo el viejo.

—Supongo que sí.

—Pues supone mal; es chinela de muchacha.

—Qué más da; nada tengo que ver con eso.

—Perdón, pero tiene mucho que ver, porque se va a casar con la dueña.

—¡Casarme! —exclamó Duarte

—Nada menos. João Rufino, anda a buscar a la dueña de la chinela.

Salió el hombre delgado y regresó poco después. Asomándose a la puerta, corrió el cortinaje y dio entrada a una mujer que caminó hacia el centro de la sala. No era una mujer, era una sílfide, una visión de poeta, una criatura divina. Era rubia.

Tenía los ojos azules, como los de Cecilia, extáticos, unos ojos que buscaban el cielo o parecían vivir allí. Los cabellos, desordenadamente peinados, le otorgaban una especie de halo de santa. Santa solamente, no mártir, porque la sonrisa que se le asomaba en los labios era una de bienaventuranza, como raras veces ha habido en la tierra.

Un vestido blanco, de finísimo cambray, le envolvía castamente el cuerpo, cuyas formas, por lo demás, revelaban poco a los ojos, pero mucho a la imaginación.

Un joven como el licenciado no pierde la compostura, incluso en trances como aquel. Duarte, al ver a la muchacha, acomodó su bata, palpó la corbata e hizo una ceremoniosa reverencia a la que ella correspondió con tanta gentileza y gracia que la aventura empezó a parecer mucho menos aterradora.

—Mi querido doctor, esta es la novia.

La joven bajó los ojos. Duarte respondió que no tenía interés en casarse.

—Tres cosas va a hacer usted ahora mismo —continuó impasiblemente el viejo—: la primera es casarse; la segunda, escribir su testamento; la tercera tragarse cierta droga del Levante...

—¡Veneno! —interrumpió Duarte.

—Vulgarmente ese es el nombre; yo le doy otro: pasaporte al cielo.

Duarte estaba pálido y frío. Quiso hablar, no pudo. Ni siquiera un gemido le salió del pecho. Habría rodado por el suelo si no hubiera habido allí cerca una silla en la que se dejó caer.

—Usted —continuó el viejo— tiene una fortuna de ciento cincuenta contos. Esta joya será su heredera universal. João Rufino ve a buscar al cura.

Este entró. El mismo cura calvo que bendijera al licenciado poco antes. Entró y fue directo al joven murmurando solemnemente un pasaje de Nehemías o cualquier otro profeta menor. Le tomó de la mano y le dijo:

—¡Levántese!

—¡No! ¡No quiero! ¡No me casaré!

—¿Y esto? —dijo desde la mesa el viejo apuntándole con una pistola.

—¿Entonces se trata de un asesinato?

—Lo es. La diferencia es el tipo de muerte. Una violenta con esto o una suave con la droga. ¡Elija!

Duarte sudaba y temblaba. Quiso levantarse y no pudo. Las rodillas se golpeaban una contra la otra. El padre se le acercó hasta el oído y le dijo en voz baja:

—¿Quiere huir?

—¡Oh! Sí —exclamó, no con los labios, puesto que podía ser oído, sino con los ojos, en los que puso toda la vida que le restaba.

—¿Ve aquella ventana? Está abierta. Abajo hay un jardín. Láncese desde allí sin miedo.

—¡Oh! ¡Padre! —dijo bajito el licenciado.

—No soy ningún padre, soy teniente del ejército. No diga nada.

La ventana estaba semiabierta. Se podía apreciar por la rendija un parche de cielo azul, ya medio claro. Duarte no vaciló. Hizo acopio de todas sus fuerzas, dio un salto desde el lugar donde estaba y se lanzó a la buena de Dios hacia abajo. La altura no era grande y la caída no fue dolorosa. El joven se irguió rápidamente, pero el hombre gordo, que estaba en el jardín, le cerró el paso.

—¿Qué es esto? —preguntó él riéndose.

Duarte no respondió, cerró los puños, golpeó con ellos violentamente en el pecho del hombre y echó a correr por el jardín hacia afuera. El hombre no cayó. Apenas sintió una gran sacudida y, una vez superada la impresión, siguió el rastro del fugitivo. Comenzó entonces una carrera vertiginosa. Duarte iba saltando cercas y muros, pisoteando parterres, esquivando árboles, que una y otra vez le surgían por delante. Sudaba a chorros, le palpitaba el pecho y las fuerzas comenzaban a abandonarlo poco a poco. Una de sus manos estaba herida, la camisa salpicada del rocío de las hojas, dos veces estuvo a punto de ser atrapado, la bata se engarzó en una cerca de

púas. En fin, cansado, herido, sofocado, cayó en los escalones de piedra de una casa que había en medio del último jardín que atravesara.

Miró para atrás. No vio a nadie. El perseguidor no lo había seguido hasta allí. Podía aparecer, sin embargo. Duarte se irguió con dificultad, subió los cuatro escalones que le faltaban y entró en la casa, cuya puerta, abierta, daba a una sala pequeña y baja.

Un hombre que estaba ahí leyendo un número del *Jornal do Commercio* pareció no percatarse de su entrada. Duarte cayó en una silla. Miró fijamente al hombre. Era el mayor Lopo Alves. El mayor, empuñando una hoja, cuyas dimensiones se iban tornando extremadamente exiguas, exclamó repentinamente:

—¡Ángel del cielo, estás vengada! Fin de la última escena.

Duarte lo miró. Miró la mesa, las paredes, se restregó los ojos, respiró profundamente:

—Entonces, ¿qué tal le pareció?

—¡Ah! ¡Excelente! —respondió el licenciado al tiempo que se levantaba.

—Pasiones fuertes, ¿no?

—Fuertísimas. ¿Qué horas son?

—Acaban de dar las dos ahora mismo.

Duarte acompañó al mayor hasta la puerta, respiró una

vez más, se palpó y fue hasta la ventana. Se ignora qué pensó durante los primeros minutos, pero, al cabo de un cuarto de hora, esto fue lo que se dijo a sí mismo: —Ninfa, dulce amiga, fantasía inquieta y fértil, tú me salvaste de una horrible pieza con un sueño original, reemplazando el tedio por una pesadilla. Fue un buen negocio. Un buen negocio y una grave lección: me probaste una vez más que el mejor drama está en el espectador y no en el escenario.

LA IGLESIA DEL DIABLO

CAPÍTULO I DE UNA IDEA MIRÍFICA

CUENTA UN VIEJO MANUSCRITO BENEDICTINO QUE el Diablo, un cierto día, tuvo la idea de fundar una Iglesia. Y aunque sus ganancias eran constantes y grandes, se sentía humillado con la espontaneidad con la que ejercía su labor desde hacía siglos: sin organización, sin reglas, sin cánones, sin ritual, sin nada. Vivía, por así decirlo, de los remanentes divinos, de los descuidos y obsequios humanos. Nada estable, nada regular. ¿Por qué entonces no podría él tener su propia Iglesia? Una Iglesia del Diablo era el medio más eficaz para combatir y destruir las otras religiones de una vez por todas.

—Construiré, pues, una Iglesia —concluyó. Escritura contra escritura, breviario contra breviario. Tendré mi propia misa,

con vino y pan abundante, mis prédicas, bulas, novenas y todo el aparato eclesiástico restante. Mi credo será el núcleo universal de los espíritus, mi iglesia una tienda de Abraham. Y luego, mientras las demás religiones se enfrentan y dividen, mi Iglesia será única: no tendré frente a mí ni a Mahoma ni a Lutero. Hay muchos modos de afirmar, pero solo uno de negarlo todo.

Y diciendo esto, el Diablo sacudió la cabeza y extendió los brazos con un gesto magnífico y varonil. En seguida, decidió ir a ver a Dios para comunicarle la idea y desafiarlo. Alzó los ojos, encendidos de odio, ásperos de venganza, y se dijo a sí mismo: “Vamos, es hora”. Y rauda, batiendo las alas con tal estruendo que estremeció a todas las provincias del abismo, se elevó desde las sombras con rumbo al azul infinito.

CAPÍTULO II ENTRE DIOS Y EL DIABLO

Dios recibía a un anciano cuando el Diablo llegó al cielo. Los serafines que acicalaban al recién llegado le cerraron el paso enseguida y el Diablo se quedó en la entrada con los ojos puestos en el Señor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó este.

—No vengo por vuestro siervo Fausto —respondió el Diablo riéndose—, sino por todos los Faustos del siglo y de los siglos.

—Explícate.

—Señor, la explicación es fácil, pero permitidme que os sugiera algo: acoged primero a ese buen viejo; dadle el mejor lugar, ordenad que las más afinadas cítaras y laudes lo reciban con los coros más divinos...

—¿Sabes lo que él hizo? —preguntó el Señor con los ojos llenos de dulzura.

—No, pero probablemente es uno de los últimos que venga a tu Reino. Pronto llegará el día en que el cielo se convierta en algo parecido a una casa vacía por causa de su elevado precio. Voy a construir un albergue barato. En una palabra: voy a fundar una Iglesia. Estoy cansado de mi desorganización, de mi reinado casual y adventicio. Es tiempo ya de obtener la victoria final y completa. Así que he venido a deciros esto, por lealtad, para que no me acuséis de solapado... Buena idea, ¿verdad?

—Viniste a contármela, no a legitimarla —advirtió el Señor.

—Tenéis razón —aceptó el diablo—; pero al amor propio le gusta oír el aplauso de los maestros. Verdad es que en este caso sería el aplauso de un maestro vencido y tamaña exigencia... Señor, bajo a la Tierra; voy a poner mi primera piedra.

—Pues ve.

—¿Queréis que venga a anunciaros el desenlace de la obra?

—No es necesario. Basta con que me digas en este instante por qué motivo, si estabas tan cansado de tu desorganización desde hace tanto tiempo, solo hasta ahora pensaste en fundar una Iglesia.

El Diablo sonrió con cierto aire de burla y triunfo. Albergaba alguna idea cruel en el espíritu, algún secreto mordaz en la alforja de su memoria, algo que, en ese breve instante de eternidad, lo hacía sentirse superior al propio Dios. Sin embargo, contuvo la risa y dijo:

—Recién ahora concluí una reflexión que inicié hace algunos siglos y es esta: las virtudes, hijas del Cielo, son en su mayoría comparables con reinas cuyos mantos de terciopelo rematan en flecos de algodón. Pues bien, me propongo jalar los flecos de sus capas para traerlas a mi Iglesia. Tras ellas vendrán también las reinas con capas de seda pura...

—¡Viejo retórico! —exclamó el Señor.

—Fijaos bien. Muchos de los cuerpos que vienen a arrodillarse a vuestros pies, en los templos del mundo, traen consigo los mismos poliones que usan en los salones y la calle; sus rostros se maquillan con los mismos polvos; sus pañuelos huelen a los mismos perfumes, sus pupilas centellean de curiosidad y devoción entre el libro santo y la deshonra del pecado. Apreciad el fervor —la indiferencia, al menos— con

que ese caballero presume públicamente de los beneficios que liberalmente distribuye, ya sean ropas o botas, o monedas o cualquiera de esas cosas necesarias para la existencia. Pero no quiero dar la impresión de que me detengo en minucias. No hablo, por ejemplo, de la placidez con que este consiliario de hermandad carga piadosamente en el pecho, durante las procesiones, vuestro amor y una insignia... Apunto a negocios de más envergadura...

Entre tanto, los serafines agitaban sus pesadas alas con hastío y sueño. Miguel y Gabriel dirigieron al Señor una mirada de súplica. Dios entonces interrumpió al Diablo:

—Eres vulgar, que es lo peor que le puede suceder a un espíritu de tu calaña —le respondió el Señor—. Todo lo que dices, o puedes decir, ha sido dicho y redicho por los moralistas del mundo. Es un asunto trillado. Y si no tienes fuerzas u originalidad para renovar un asunto trillado, es mejor que te calles y te retires. Mira a tu alrededor: todas mis legiones muestran en su rostro las señales vivas del tedio que les provocas. Hasta este mismo anciano parece estar harto. ¿Y sabes tú lo que él hizo?

—Ya os he dicho que no.

—Después de una vida honesta, tuvo una muerte sublime. Víctima de un naufragio, iba a salvarse en una tabla, pero vio que una pareja de novios, en la flor de la vida, se debatía ya

con la muerte. Les cedió su tabla de salvación y se hundió en la eternidad. Ningún público. Solo el agua y el cielo arriba. ¿Dónde ves ahí los flecos de algodón?

—Señor, yo soy, como sabéis, el espíritu que niega.

—¿Niegas esta muerte?

—Niego todo. La misantropía puede tomar la forma de la caridad; dejar la vida a los demás, para un misántropo, equivale a aborrecerlos.

—¡Retórico y sutil! —exclamó el Señor—. Anda, anda, funda tu Iglesia. Llama a todas las virtudes, jala todos los flecos, convoca a todos los hombres... ¡Vamos, vetel! ¡Vete!

En vano, el Diablo intentó decir alguna cosa más. Dios le había impuesto silencio. Los serafines, a una señal divina, llenaron el cielo con la armonía de sus canticos. El Diablo sintió, de repente, que se encontraba en el aire; plegó las alas y, como un rayo, cayó en la tierra.

CAPÍTULO III

LA BUENA NUEVA A LOS HOMBRES

Ya en la tierra, el Diablo no perdió un minuto. Se apresuró a vestir el hábito benedictino, que gozaba de buena fama, y

empezó a difundir una doctrina nueva y extraordinaria, con una voz que retumbaba en las entrañas del siglo. Prometía a sus discípulos y fieles las delicias terrenales, todas las glorias, los deleites más íntimos. Confesaba que era el Diabolo, pero también lo hacía para rectificar la idea que los hombres tenían de él y así desmentir las historias que las viejas beatas contaban sobre él.

—Sí, soy el Diabolo —repetía él—; no el Diabolo de las noches sulfúreas, de los cuentos soporíferos, terror de los niños, sino el Diabolo verdadero y único, el genio mismo de la naturaleza, aquel al que se le dio ese nombre para apartarlo del corazón de los hombres. Vedme gentil y airoso. Soy vuestro verdadero padre. ¡Animaos! Tomad aquel nombre inventado para mi deshonra, haced de él un trofeo y un lábaro, y yo os daré todo, todo, todo, todo, todo, todo...

Era así como hablaba, en un principio, para excitar el entusiasmo, espetar a los indiferentes, para congregarse, en suma, las multitudes a sus pies. Y estas vinieron; entonces, en ese momento, el Diabolo pasó a definir su doctrina. Esta era todo lo que una doctrina podía ser en boca de un espíritu de negación. Eso en cuanto a la substancia, porque, en lo que respecta a la forma, esta era unas veces sutil, y otras cínica y descarada.

Sostenía él que las virtudes aceptadas debían ser substituidas por otras, que eran las naturales y legítimas. La soberbia, la

lujuria y la pereza fueron entonces reivindicadas al igual que la avaricia, de la que él afirmó que no era más que la madre de la economía, con la diferencia que la madre era robusta mientras que la hija una escuálida. La ira tenía su mejor defensa en Homero, pues sin el furor de Aquiles no existiría *La Ilíada*: “Musa, canta la cólera de Aquiles, hijo de Peleo...” Lo mismo dijo de la gula, que produjo las mejores páginas de Rabelais y muchos buenos versos de *O Hissope*; una virtud sin parangón tal y como lo prueba el hecho de que nadie recuerde las batallas de Lúculo, pero sí sus cenas: fue la gula la que realmente lo hizo inmortal. Pero, incluso dejando a un lado estas razones de orden literario o histórico, y para mostrar únicamente el valor intrínseco de esa virtud, ¿quién podría negar que es mucho mejor sentir en la boca y en el vientre los buenos manjares, en cantidades abundantes, que los malos bocados o la saliva del ayuno? Por otra parte, el Diablo prometía sustituir la viña del Señor, expresión metafórica, por la viña del Diablo, locución directa y verdadera, pues no les faltaría nunca a los suyos el fruto de las más bellas cepas del mundo. En cuanto a la envidia, pregonó fríamente que era la principal virtud, origen de prosperidades infinitas; virtud preciosa, que llegaba a suplir a todas las demás, incluso al mismo talento.

Las multitudes corrían tras él entusiasmadas. El Diablo les inculcaba, con grandes golpes de elocuencia, todo el nuevo

orden de cosas, trastocando la noción que tenían de las virtudes, incitándoles a amar las perversas y detestar las santas.

Nada más curioso, por ejemplo, que la definición que daba del fraude. Lo llamaba el brazo izquierdo del hombre, puesto que el brazo derecho era la fuerza; y concluía: muchos hombres son zurdos, eso es todo. Ahora bien, él no exigía que todos fueran zurdos; no era intransigente. Que unos fuesen zurdos y otros diestros. Aceptaba a todos, menos a los que no eran nada. La demostración más rigurosa y profunda, sin embargo, fue la de la venalidad. Un casuista de la época llegó a admitir que se trataba de un verdadero portento de lógica. La venalidad, dijo el Diablo, era el ejercicio de un derecho superior a todos los derechos. Si tú puedes vender tu casa, o tu buey, o tu zapato, o tu sombrero, cosas que son tuyas por una razón jurídica y legal, pero que, en todo caso, están fuera de ti, ¿cómo es que no puedes vender tu opinión, o tu voto, o tu palabra, o tu fe, cosas que son más que tuyas porque son tu consciencia, es decir, tú mismo? Negarlo sería caer en el absurdo y la contradicción. Pues ¿no hay acaso mujeres que venden sus cabellos? ¿No puede un hombre vender una parte de su sangre para que le sea cedida a otro hombre anémico? ¿Y la sangre y los cabellos, partes físicas, son dignos de un privilegio que se le niega al carácter, a la porción moral del hombre? Demostrando de este modo el principio, el Diablo

no tardó en exponer las ventajas de orden temporal o pecuniario. Después mostró incluso que, en vista de los prejuicios sociales existentes, convendría disimular el ejercicio de un derecho tan legítimo, lo que era equivalente a practicar al mismo tiempo la venalidad y la hipocresía, es decir, a merecer por partida doble.

Y bajaba y subía, lo examinaba todo, lo rectificaba todo. Combatió el perdón de las injurias y otras máximas de la delicadeza y la cordialidad. No prohibió formalmente la calumnia gratuita, pero invitó a ejercerla mediante retribución, ya fuera pecuniaria o de otra especie. En los casos, sin embargo, en que ella fuese una expansión imperiosa de la fuerza imaginativa sin más, prohibía recibir cualquier remuneración, pues ello equivalía a hacer pagar la transpiración. Todas las formas de respeto fueron condenadas por él en la medida en que las consideraba como expresiones posibles de un cierto decoro social y personal. La única excepción fue el interés. Pero esa misma excepción fue pronto eliminada por considerar que el interés, cuando reducía el respeto a simple adulación, hacía de este último el sentimiento realmente aplicado y no aquel.

Para concluir la obra, entendió el diablo que le correspondía erradicar por completo la solidaridad humana. En efecto, el amor al prójimo era un obstáculo grave para la nueva institución. Probó entonces que esa regla era una simple

invención de parásitos y negociantes insolventes; no se debía dar al prójimo más que indiferencia y, en algunos casos, odio o desprecio. Hasta llegó a demostrar que la noción de prójimo era errónea y citaba esta frase de un padre de Nápoles, aquel excelente letrado Galiani, que escribiera a una de las marquesas del Antiguo Régimen: “Al cuerno con el prójimo; no hay prójimo”. La única circunstancia en que él permitía amar al prójimo era cuando se trataba de amar a las damas ajenas, porque esa especie de amor tenía la particularidad de no ser otra cosa más que el amor del individuo hacia sí mismo. Y como a algunos discípulos les pareció que tal explicación, por metafísica, escapaba a la comprensión del pueblo, el Diablo recurrió a un apólogo: “Cien personas adquieren acciones de un banco para las operaciones comunes; pero cada accionista no cuida realmente sino sus dividendos. Eso mismo es lo que sucede con los adúlteros”. Este apólogo fue incluido en el libro de la sabiduría.

CAPÍTULO IV FLECOS Y FLECOS

La predicción del Diablo se cumplió. Todas las virtudes cuyas capas de terciopelo remataban en flecos de algodón, al ser

jaladas de ellos, abandonaban la capa y se enlistaban en la nueva Iglesia. Tras estas virtudes fueron llegando las demás y el tiempo bendijo la institución. La Iglesia había sido fundada; la doctrina se propagaba. No había una región en el globo que no la conociese, una lengua que no la hubiese traducido, una raza que no la amase. El diablo profirió gritos de triunfo.

Un día, sin embargo, muchos años después, el diablo notó que muchos de sus fieles practicaban, a escondidas, las antiguas virtudes. No las practicaban todas, ni tampoco integralmente, sino algunas, por partes y, como digo, solapadamente. Algunos glotones se encerraban para comer frugalmente tres o cuatro veces por año, precisamente en los días de precepto católico. Muchos avaros daban limosnas, de noche, o en las calles poco transitadas; varios dilapidadores del erario restituían pequeñas cantidades; los estafadores hablaban, de vez en vez, con el corazón en la mano, aunque con el mismo rostro disimulado de siempre, como para hacer creer que estaban embaucando a sus interlocutores.

Este descubrimiento asombró al Diablo. Se propuso conocer a fondo el problema y vio que se extendía cada vez más. Algunos casos eran incomprensibles, como el de un boticario en Levante, que durante mucho tiempo había envenenado a una generación entera y con las ganancias de las medicinas socorría a los hijos de sus víctimas. En El Cairo encontró a

un perfecto ladrón de camellos que se cubría el rostro para ir a las mezquitas. El Diablo dio con él a la entrada de una de ellas, le echó en cara su modo de proceder, él lo negó diciendo que iba allí a robar el camello de un *drogman*. Ciertamente, lo robó ante los ojos del Diablo, pero se lo entregó como presente a un almuecín, que rezó por él a Alá. El manuscrito benedictino cita muchos otros descubrimientos extraordinarios, entre ellos este, que desorientó completamente al Diablo: uno de sus mejores apóstoles era un calabrés, varón de cincuenta años, insigne falsificador de documentos, que poseía una hermosa casa en la campiña romana, con telas, estatuas, biblioteca, etc. Era el fraude en persona y llegaba incluso a meterse en cama para no confesar que estaba sano. Pues ese hombre no solo dejó de robar en el juego, sino que, además, comenzó a dar propinas a sus criados. Habiéndose agenciado la amistad de un canónigo, iba todas las semanas a confesarse con él, en una capilla solitaria; y, si bien no le revelaba ninguna de sus acciones secretas, se hacía bendecir dos veces, al arrodillarse y al levantarse. El Diablo apenas pudo creer semejante alevosía. Pero no había duda posible: el caso era verdadero.

No vaciló un solo instante. El asombro no le dio tiempo para reflexionar, comparar y concluir a partir del espectáculo presente algún paralelo con el pasado. Voló de nuevo al

cielo, temblando de rabia, ansioso por conocer la causa secreta detrás de tan singular fenómeno. Dios lo escuchó con infinita complacencia. No lo interrumpió, no lo reprendió, no alardeó siquiera ante aquella agonía satánica. Solo lo miró fijamente y le dijo:

—¿Y qué esperabas tú, mi pobre Diablo? Las capas de algodón tienen ahora flecos de seda como las de terciopelo tuvieron alguna vez flecos de algodón. ¿Qué quieres que te diga? Es la eterna contradicción humana.

NOCHE DE ALMIRANTE

DEOLINDO VENTA-GRANDE (ERA SU MOTE DE A bordo) salió del arsenal de la marina y se enrumbó por la Rua de Brangança. Daban las tres de la tarde. Era la fina flor de la marinería y llevaba, además, un gran aire de felicidad en los ojos. Su corbeta había regresado tras un largo viaje de instrucción y Deolindo bajó a tierra tan pronto como recibió su licencia. Sus compañeros le dijeron entre risas:

—¡Ah! ¡Venta-Grande! ¡Qué noche de almirante vas a tener! Cena, guitarra y los brazos de Genoveva. El regazo de Genoveva...

Deolindo sonrió. Era tal cual ellos decían: una noche de almirante, una de esas grandes noches de almirante era lo que le esperaba en tierra. El romance había iniciado tres meses antes de que su corbeta zarpara. Ella se llamaba Genoveva, mestiza de veinte años, espabilada, ojos negros y atrevidos. Se habían conocido en la casa de un tercero y quedaron tan

prendados el uno por el otro que estuvieron a punto de cometer una locura: él dejaría el servicio y ella lo seguiría hasta el caserío más recóndito del interior.

La vieja Inácia, que vivía con ella, logró disuadirlos. Deolindo no tuvo más remedio entonces que hacer el viaje de instrucción. Eran ocho o diez meses de ausencia. Como garantía recíproca, decidieron hacer un juramento de fidelidad.

—Lo juro por Dios que está en el cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo completo.

—Lo juro por Dios que está en el cielo o que me falte la luz en la hora de la muerte.

El pacto estaba sellado. No había razón alguna para desconfiar de la sinceridad de ambos. Ella lloraba enloquecida; él se mordía los labios para disimular. Al final se separaron. Genoveva fue a ver salir la corbeta y regresó a su casa con tal nudo en el pecho que parecía que “le iba a dar algo”. Por fortuna, no le dio nada. Los días fueron pasando, las semanas, los meses, diez meses al cabo de los cuales la corbeta regresó y, con ella, Deolindo.

Y ahí va él ahora por las calles de Bragança, Prainha y Saúde, hasta el inicio de Gamboa, que es donde vive Genoveva. La casa tiene una celosía oscura, el portal está rajado por el sol, y queda pasando el cementerio de los ingleses; allá debe estar

Genoveva, asomada a la ventana, esperándolo. Deolindo piensa algunas palabras para decirle a ella. Se le han ocurrido estas: “Juré y cumplí”, pero busca algo mejor. Recuerda, al mismo tiempo, las mujeres que vio por este mundo de Cristo, italianas, marsellesas o turcas, muchas de ellas bonitas, o al menos así le parecieron. Reconoce que no todas se interesaron por él, pero algunas sí y ni por eso les hizo caso. No pensaba más que en Genoveva. Incluso delante de los palacios de otras tierras, lo que le venía a la mente era la casita de ella, tan pequeñita, sus muebles de patas rotas, todo tan viejo y escaso. Solo a costa de mucho ahorro logró comprar en Trieste el par de pendientes que lleva ahora en el bolsillo junto con algunas chucherías. ¿Y ella qué le habría guardado? Podría ser un pañuelo bordado con su nombre y un ancla en la punta, porque ella sabía coser muy bien. En esto, llegó a Gamboa, pasó el cementerio y dio con la casa cerrada. Llamó a la puerta y le respondió una voz conocida, la de la vieja Inácia, que vino a abrir la puerta con grandes exclamaciones de alegría. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hable de esa loca —respondió la vieja—. Estoy satisfecha con el consejo que le di. Imagínese el lío en que estaría metido de haberse fugado con ella.

—Pero ¿qué pasó? ¿Qué pasó?

La vieja le dijo que se calmara, que no era nada, tan solo una de esas cosas que suceden en la vida. No valía la pena enfardarse. Genoveva se chifló...

—¿Cómo que se chifló?

—Anda con un vendedor, José Diogo. ¿Conoció a José Diogo, el buhonero? Pues está con él. No se imagina lo enamorados que están el uno del otro. Ella está como loca. Por eso nos peleamos. José Diogo no abandonaba la puerta. Eran charlas y más charlas, hasta que un día le dije que no iba a permitir que deshonraran mi casa. ¡Ah! ¡Padre santo! Ese fue el Juicio Final. Genoveva se me vino encima con unos ojos de este tamaño, diciéndome que nunca había deshonrado a nadie y que no quería limosnas. ¿Qué limosnas, Genoveva? Lo que digo es que no quiero esos cuchicheos en la puerta, empezando por las avemarías... Dos días después había cambiado y se había peleado conmigo.

—¿Dónde vive ahora?

—En Praia Formosa, antes de llegar a la cantera, en la casa con la cancela recién pintada.

Deolindo no quiso escuchar nada más. La vieja Inácia, un tanto arrepentida, aún tuvo tiempo para aconsejarle prudencia, pero él no hizo caso y se marchó. Omito contar lo que pensó en todo el camino: no pensó nada. Las ideas se agitaban en su cerebro como en un temporal, en medio de una

confusión de vientos y silbidos. Entre estas, refulgió la imagen del cuchillo de a bordo, ensangrentado y vengador. Había pasado las calles de Gamboa, Saco do Alferes y entrado en Praia Formosa. No sabía el número de la casa, pero sí que estaba cerca de la cantera y que estaba recién pintada. Seguro con la ayuda de los vecinos podría encontrarla. No contaba con la casualidad de que Genoveva estuviera sentada en la ventana cosiendo en el momento en el que él iba pasando. Él la reconoció y se detuvo. Ella, notando la presencia de un hombre, alzó la mirada y vio al marino.

—¿Qué es esto? —exclamó espantada—. ¿Cuándo llegó? Siga usted, Deolindo.

E, incorporándose, abrió la cancela y lo hizo entrar. Cualquiera hombre se habría ilusionado. Así de francas eran las maneras de la muchacha. Podía ser que la vieja se hubiera equivocado o mentido. Podía ser incluso que el asunto con el buhonero hubiera concluido ya. Todo eso le pasó por la cabeza, no en la forma precisa de un razonamiento o una reflexión, sino tumultuosa y rápidamente. Genoveva dejó la puerta abierta. Lo invitó a sentarse, le pidió noticias del viaje y lo encontró más gordo; todo sin emoción ni intimidación. Deolindo perdió su última esperanza. A falta del cuchillo, le bastaban las manos para estrangular a Genoveva, que era pequeña, y durante los primeros minutos no pensó en otra cosa.

—Lo sé todo —dijo él.

—¿Quién le contó?

Deolindo encogió los hombros.

—Sea quien haya sido —prosiguió ella—, ¿le contó que me gusta mucho un muchacho?

—Me lo dijeron.

—Pues le dijeron la verdad.

Deolindo llegó a sentir un arrebató. Pero ella lo detuvo solo con la mirada. En seguida agregó que, si le había abierto la puerta, era porque contaba con que era un hombre razonable. Le contó entonces todo, cuánto lo había echado de menos, las propuestas del buhonero, sus negativas, y cómo un día, sin saber muy bien cómo, le había empezado a gustar él.

—Créame cuando le digo que pensé mucho en usted. La señora Inácia puede contarle todo lo que lo lloré... Pero el corazón cambió... Cambió. Le digo todo esto como si estuviese delante de un padre —concluyó, sonriendo.

No sonreía con burla. En sus palabras se mezclaban la candidez con el cinismo, la insolencia y la simplicidad en una forma que no acierto a definir mejor. Creo, incluso, que insolencia y cinismo no están bien empleados. Genoveva no se defendía de un error o de un perjurio; no se defendía de nada en absoluto. Carecía del sentido moral de sus actos.

Lo que decía, en resumen, es que habría sido mejor que el corazón no hubiera cambiado porque le habría bastado con el cariño de Deolindo y la prueba de ello es que quiso huir con él. Pero una vez que el buhonero venció al marinero, la razón estaba de parte de este y así debía aceptarse. ¿Qué les parece? El pobre marinero citaba el juramento de despedida a modo de una obligación eterna en virtud de la cual había decidido no huir y embarcarse: “Juro por Dios que está en el cielo o que la luz me falte en la hora de la muerte”. Si embarcó, fue precisamente porque ella se lo juró. Con esas palabras partió, viajó, esperó y regresó. Fueron estas las que le dieron la fuerza para vivir: “Juro por Dios que está en el cielo o que la luz me falte en la hora de la muerte...”.

—Pues sí, Deolindo, era verdad. Cuando lo juré, era verdad. Tan verdad era que yo quería huir con usted al sertón. ¡Solo Dios sabe que era verdad! Pero ocurrieron otras cosas... Llegó este muchacho y a mí me comenzó a gustar él...

—Pero es por eso mismo que la gente jura: para que ya no le guste nadie más.

—No insista, Deolindo. ¿Entonces usted solo pensó en mí? No me venga con cuentos...

—¿A qué horas vuelve José Diogo?

—No vuelve hoy.

—¿No?

—No. Anda con su baúl por los lados de Guaratiba. Debe volver el viernes o el sábado... ¿Y a usted qué le importa? ¿Qué mal le hizo él?

Cualquier otra mujer podría haber dicho estas mismas palabras, pero pocas lo habrían hecho con una expresión tan cándida, y no de modo intencional, sino involuntariamente. Observen que estamos aquí muy cerca de la naturaleza. ¿Qué mal le hizo él? ¿Qué mal le hizo esta piedra que cayó desde lo alto? Cualquier profesor de física le explicaría la caída de las piedras. Deolindo declaró, con un gesto de desespero, que quería matarlo. Genoveva lo miró con desprecio, sonrió levemente e hizo un mohín; y como él le había hablado de ingratitud y perjurio, no pudo disimular su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? Ya le había dicho que cuando juró había sido sincera. Nuestra Señora, que allí estaba, encima de la cómoda, sabía si era verdad o no. Era así como le pagaba lo que padeció. Y él, que tanto se llenaba la boca hablando de fidelidad, ¿había pensado en ella por donde estuvo?

La respuesta de Deolindo fue meter la mano en el bolsillo y sacar el paquete que le traía. Ella lo abrió, apartó las chucherías, una por una, hasta que por fin dio con los pendientes. No eran ni podrían ser lujosos; eran incluso de mal gusto, pero tenían un aspecto espléndido. Genoveva los tomó, contenta, deslumbrada, los examinó por un lado y por el

otro, los acercó y los alejó, y al final se los puso en las orejas. Después fue al espejo barato que colgaba en la pared, entre la ventana y la cancela, para ver cómo le quedaban. Retrocedió, se acercó, movió a la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Sí, señor, muy bonito —dijo ella haciendo una gran reverencia de agradecimiento. ¿Dónde los compró?

Creo que él no respondió nada, ni tuvo tiempo para eso, porque ella disparó dos o tres preguntas más, una tras otra, tan confusa estaba de recibir un detalle a cambio de un olvido. Confusión de cinco o cuatro minutos, aunque pudieron ser dos. No demoró en quitarse los pendientes, contemplarlos y ponerlos en la cajita encima de la mesa redonda que estaba en medio de la sala. Él, por su parte, comenzó a creer que, así como lo había perdido estando ausente, así también podría el otro, estando ausente, perderla también. Y probablemente, además, ella ni siquiera le había jurado nada.

—Entre chiste y chanza, se nos hizo de noche —dijo Genoveva.

En efecto, la noche iba cayendo rápidamente. Ya no podían ver el Hospital de los Lázaros y apenas distinguían la isla de los Melões; las mismas lanchas y canoas, encalladas en frente de la casa, se confundían con la tierra y el lodo de la playa. Genoveva encendió una vela. Luego se sentó en la

entrada y le pidió que le contara alguna cosa de las tierras que había conocido. Deolindo se negó al principio y dijo que se tenía que ir. Se incorporó y alcanzó a dar algunos pasos en la sala, pero el demonio de la esperanza mordía y babeaba el corazón del pobre diablo y él volvió a sentarse para contar dos o tres anécdotas de a bordo. Genoveva lo escuchaba con atención. Los interrumpió una vecina, que allí llegó, y que Genoveva hizo sentarse también para escuchar “las bonitas historias que el señor Deolindo estaba contando”. No hubo otra presentación. Ni siquiera la gran dama que prolonga la vigilia para concluir la lectura de un libro o de un capítulo podría haber vivido tan íntimamente la vida de los personajes como la antigua novia del marinero vivía las escenas que este le iba narrando, tan honestamente interesada e involucrada, como si entre ambos no existiese más que una narración de aventuras. ¿Qué le importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué le importaba a esta muchacha el narrador detrás de aquellas aventuras?

Entretanto, la esperanza comenzaba a abandonarlo y se levantó definitivamente para salir. Genoveva no quiso dejarlo salir antes que la amiga hubiera visto los pendientes y fue a mostrárselos con grandes alabanzas. La otra quedó encantada, los elogió mucho, preguntó si los había comprado en Francia y le pidió a Genoveva que se los pusiera.

—De verdad que son muy bonitos.

Quiero creer que el propio marinero estuvo de acuerdo con esa opinión. Le gustó vérselos puestos, pensó que parecían hechos para ella y, durante algunos segundos, saboreó el placer único y delicado de haber hecho un buen regalo, pero fueron tan solo unos segundos.

Como él se despidió, Genoveva decidió acompañarlo hasta la puerta para agradecerle una vez más el detalle y decirle probablemente algunas cosas tiernas e inútiles. Su amiga, que se había quedado en la sala, apenas escuchó estas palabras: “Deje la bobada, Deolindo”; y estas otras del marinero: “Ya verás”. No pudo oír el resto, que no pasó de un susurro.

Deolindo avanzó por la playa, cabizbajo y lento, ya no como el joven impetuoso de la tarde, sino con un aire viejo y triste o, para usar otra metáfora de marinero, como un hombre “que regresa de alta mar a tierra”. Genoveva entró inmediatamente después, alegre y bulliciosa. Le contó a la otra la historia de sus amores con el marino, alabó mucho el genio de Deolindo y sus buenos modales. La amiga confesó que lo encontraba bastante simpático.

—Muy buen muchacho —insistió Genoveva—. ¿Sabe lo que me dijo ahora?

—¿Qué?

—Que se va a matar.

—¡Jesús!

—¡Qué va! No se va a matar. Deolindo es así. Dice las cosas y luego no las hace. Verás que no se mata. Pobrecito, son los celos. Pero los pendientes están muy bonitos.

—Yo no he visto de esos aquí.

—Ni yo —coincidió Genoveva, examinándolos a la luz. Después los guardó e invitó a la otra a coser:— Vamos a coser un rato que quiero terminar mi corpiño azul.

Lo cierto es que el marinero no se mató. Al día siguiente, algunos de los compañeros le dieron palmadas en la espalda, lo felicitaron por la noche de almirante, y le pidieron noticias de Genoveva, si estaba más bonita, si había llorado mucho en su ausencia, etc. Él respondía a todo con una sonrisa satisfecha y discreta, la sonrisa de una persona que ha vivido una gran noche. Parece que tuvo vergüenza de la realidad y prefirió mentir.

EL DIPLOMÁTICO

LA NEGRA ENTRÓ AL COMEDOR, LLEGÓ HASTA la mesa rodeada de gente y le dijo algo en voz baja a la señora. Al parecer se trataba de algún asunto urgente, porque la señora se levantó inmediatamente.

—¿La esperamos, doña Adelaide?

—No es necesario, señor Rangel; continúen que ya regreso.

Rangel era el encargado de leer el libro de las suertes. Pasó la página y recitó un título: “Si alguien *le* ama en secreto”. Conmoción general. Muchachos y muchachas se intercambiaron sonrisas. Estamos en la noche de San Juan de 1854 y la casa está en la Rua das Mangueiras. El dueño de la casa se llama João, João Viegas, y tiene una hija, Joaquina. Todos los años se reúnen parientes y amigos, se enciende una fogata en el patio, se asan algunas papas para la ocasión, y se echan las suertes. También hay cena, a veces baile, y algún juego con

penitencias, todo muy familiar. João Viegas es escribano en la rama civil de la corte.

—Vamos. ¿Quién comienza? —preguntó él—. Me parece que doña Felismina. Vamos a averiguar si alguien *le* ama en secreto.

Doña Felismina sonrió con tristeza. Era una buena cuarentona, sin prendas ni rentas, que vivía buscando marido por debajo de sus piadosos párpados. En realidad, la ocurrencia era fuerte, pero apropiada. Doña Felismina era la mejor representante de aquel género de criaturas indulgentes y mansas que parecen haber nacido para divertir a los demás. Tomó y lanzó los dados con un aire de complacencia incrédula. Número diez, gritaron dos voces. Rangel bajó los ojos hasta la parte inferior de la página, buscó el renglón correspondiente al número, y lo leyó: decía que sí, que había una persona, que ella debía buscarla el domingo, en la iglesia, cuando fuese a misa. Toda la mesa felicitó a Doña Felismina, que sonrió con indiferencia, pero interiormente esperanzada.

Otros tomaron los dados y Rangel continuó leyendo las suertes de cada uno. Leía afectadamente. De cuando en cuando, se quitaba las gafas, las limpiaba lentamente con la punta de su pañuelo de lino, ya fuera porque era lino o porque desprendía un fino aroma a sampaguita. Se comportaba con presunción y allí lo conocían como “el diplomático”.

—Vamos, señor diplomático, continúe.

Rangel se estremeció. Había olvidado leer una de las suertes por estar embebido examinando el grupo de muchachas que estaban del otro lado de la mesa. ¿Cortejaba a alguna? Vamos por partes.

Era soltero, por obra de las circunstancias, no por vocación. De joven tuvo algunos amoríos pasajeros, pero con el tiempo el deseo de grandeza le apareció y esto hizo que su celibato se fuera prolongando hasta los cuarenta y un años que tiene ahora. Codiciaba una novia de un nivel social superior y desperdió bastante tiempo esperándola. Llegó a frecuentar los bailes de un abogado célebre y rico que lo protegía y para quien transcribía documentos. Tenía en los bailes la misma posición subalterna que en el escritorio; pasaba la noche vagando por los corredores, espionando el salón, viendo pasar las señoras, devorando con los ojos una multitud de espaldas magníficas y talles graciosos. Envidiaba a los hombres y trataba de imitarlos. Salía de ahí emocionado y resuelto. A falta de bailes, asistía a las fiestas de la iglesia donde podía ver algunas de las damas prestantes de la ciudad. También lo hacía en el vestíbulo del palacio imperial, durante los desfiles, para ver entrar las grandes damas y a las personas de la corte, ministros, generales, diplomáticos, jueces, y conocía todo y a todos, personas y carruajes. Regresaba de la fiesta y del

cortejo como regresaba de los bailes: sobresaltado, ardiente, capaz de arrebatar de un tirón la victoria a la fortuna.

Lo malo es que entre la espiga y la mano estaba el dichoso muro del poeta y Rangel no era hombre de saltar muros. En su imaginación hacía de todo, raptaba mujeres y destruía ciudades. Más de una vez fue, en su cabeza, ministro de Estado y se atiborró de cortesías y decretos. Llegó al extremo de proclamarse emperador, un día, dos de diciembre, al volver de del desfile en Largo do Paço. Imaginó, para ello, una revolución en la que se derramaba algo de sangre, poca, y una dictadura benéfica que le permitió vengarse de algunos pequeños disgustos de escribiente. Ya en la vida diaria, sin embargo, todas sus proezas se quedaban en fabulaciones. En la realidad, era tímido y discreto.

A los cuarenta años se desengañó de sus ambiciones, pero su personalidad siguió siendo la misma y, a pesar de su vocación conyugal, no encontró novia. Más de una lo habría aceptado con mucho placer; él las perdía por su intensa circunspección. Un día, reparó en Joaninha, que llegaba a los diecinueve años y poseía un par de ojos bellos y sosegados, vírgenes de toda conversación masculina. Rangel la conocía desde que era pequeña, la había cargado en hombros, en el Passeio Público, o en las noches de fiesta de la Lapa. ¿Cómo hablarle entonces de amor? Pero, por otro lado, sus relaciones

con la familia eran tales que podían facilitarle el casamiento. Y si no era este, no sería ninguno.

Esta vez, el muro no era alto y la espiga era corta. Bastaba con estirar el brazo con algún esfuerzo para arrancarla. Rangel estaba en este trabajo desde hacía algunos meses. No estiraba el brazo sin antes otear para todos lados para ver si venía alguien y, si venía alguien, disimulaba y se iba. A veces, con el brazo estirado sucedía que un soplo de viento meneaba la espiga o algún pajarito se posaba en las hojas secas y eso era suficiente para que él retirase la mano. Así pasaba el tiempo y la pasión aumentaba causándole muchas horas de angustia a las que les seguían siempre grandes esperanzas. Ahora mismo trae él la primera carta de amor, dispuesto a entregarla. Ya tuvo dos o tres buenas ocasiones, pero siempre lo va aplazando. ¡La noche es tan larga! Mientras tanto, continúa leyendo las suertes con la solemnidad de un augur.

Todo, a su alrededor, es alegría. Cuchichean, ríen, hablan al mismo tiempo. El tío Rufino, que es el bromista de la familia, se pasea por la mesa con una pluma haciendo cosquillas en las orejas de las muchachas. João Viegas está ansioso por un amigo que se demora, Calisto. ¿Dónde se habrá metido Calisto?

—Fuera, fuera, necesito la mesa; vamos a la sala de visitas.

Era doña Adelaide, que regresaba. Se iba a poner la mesa para la cena. Toda la gente se movió y caminando se podía

apreciar mejor la belleza de la hija del escribano. Ella fue a la ventana por algunos instantes mientras se preparaba un nuevo juego, y él fue también. Era la ocasión perfecta para entregarle la carta.

Al frente, en una casa grande, había una fiesta y se bailaba. Ella miraba, él miró también. Por las ventanas se veían pasar las parejas, cadenciosas, las señoras con sus sedas y encajes; los caballeros, finos y elegantes, algunos condecorados. De cuando en cuando, el brillo de diamantes, rápido, fugaz, en las vueltas del baile. Parejas que conversaban, charreteras que relucían, torsos de hombre inclinados, vuelos de abanico, todo eso en fragmentos, a través de las ventanas que no podían mostrar todo el salón, pero que dejaban adivinar el resto. Él, al menos, conocía todo y le daba toda clase de detalles a la hija del escribano. El diablillo de las grandezas, que parecía dormir, entró a hacer de las suyas en el corazón de nuestro hombre y helo ahora intentando seducir también el corazón de la otra.

—Conozco una persona que estaría muy bien allí —murmuró Rangel.

Y Joaninha con ingenuidad:

—Usted.

Rangel sonrió halagado sin saber qué responder. Miró hacia los lacayos y cocheros de librea, en la calle, conversando en

grupos reclinados en el tejadillo de los carruajes. Comenzó a hablar de su procedencia: este es de Olinda, aquel es de Maranguape, pero ahí viene otro, rodando, por el lado de la Rua da Lapa, y entra en la Rua das Manguieras. Se detuvo al frente: salta el lacayo, abre la portezuela, se quita el sombrero y se endereza. Sale de dentro una calva, una cabeza, un hombre, dos militares condecorados, después una señora lujosamente vestida, entran en el zaguán y suben la escalera entapetada y adornada en su base con dos grandes jarrones.

—Joaninha, señor Rangel...

¡Maldito juego! Justo cuando él formulaba, en su cabeza, una insinuación a propósito de la pareja que subía, y así pasar naturalmente a la entrega de la carta... Rangel obedeció y se sentó frente a la muchacha. Doña Adelaide, que dirigía el juego, recogió los nombres de todos: cada persona debía ser una flor. Como es lógico, el tío Rufino, siempre bromista, escogió para sí la flor de calabaza. Mientras que Rangel, queriendo huir de la trivial, comparó mentalmente las flores y cuando la dueña de la casa le preguntó por la suya, él le respondió dulce y pausadamente:

—Maravilla, mi señora.

—¡Es una pena la ausencia de Calisto! —suspiró el escribano.

—¿Dijo que venía?

—Sí, incluso ayer fue a mi despacho para avisarme que vendría en la tarde, pero que contase con él. Tenía que ir primero a una reunión en la Rua da Carioca...

—¡Permiso para dos! —gritó una voz en el corredor.

—¡Por fin! ¡Ahí está nuestro hombre!

João Viegas fue a abrir la puerta. Era Calisto acompañado por un joven extraño a quien presentó a todos en la sala:

—Queirós, empleado de la Santa Casa. No es mi pariente, aunque se parece mucho a mí; quien ve a uno ve al otro

Todos se rieron. Era una chanza de Calisto, feo como el diablo mientras Queirós era un joven apuesto, entre los veinte y seis y veinte y siete años, cabello negro, ojos negros y singularmente esbelto. Las muchachas se retrajeron un poco. Doña Felismina inició la conversación:

—Estábamos jugando ahora mismo. Ustedes pueden jugar también —dijo la dueña de la casa—. ¿Juega, señor Queiros?

Queirós respondió afirmativamente y pasó a examinar a los otros invitados. Conocía algunas de las muchachas e intercambió dos o tres palabras con ellas. A João Viegas le dijo que desde hacía mucho tiempo deseaba conocerlo por un favor que le debía su padre por un asunto legal. João Viegas no se acordaba de nada, ni siquiera después de que él le dijo lo que era, pero le agradó escuchar la noticia, en público, los miró a todos y durante algunos minutos se regocijó en silencio.

Queirós se metió de lleno en el juego. Al cabo de media hora parecía ya íntimo de la casa. Todo en él era acción, hablaba con soltura, sus gestos eran naturales y espontáneos. Tenía un vasto repertorio de penitencias para el juego, cosa que les encantó a todos y nadie los dirigía mejor, con tanto movimiento y animación, yendo de un lugar para el otro, organizando grupos, empujando sillas, hablando con las muchachas como si las conociese desde siempre.

—Doña Joaninha aquí, en esta silla; Doña Cesária, a este lado, de pie, y el señor Camilo entra por aquella puerta... Así no; mire, así, de manera que...

Rígido en su silla, Rangel estaba atónito. ¿De dónde había salido este huracán? Y soplaban el huracán, llevando los sombreros de los hombres y despeinando a las muchachas que reían de puro contento: Queirós por aquí, Queirós por allá. Queirós por todas partes. Rangel pasó del asombro a la mortificación. El cetro se le había caído de las manos. No miraba al joven, no se reía de lo que decía, y le respondía con sequedad. Interiormente, se mordía los labios y los mandaba al diablo, lo consideraba un tonto alegre que hacía reír y agradaba, porque en las noches de fiesta todo es fiesta. Pero, repitiendo esas y otras cosas peores, no llegaba a recobrar la tranquilidad de espíritu. Sufría de verdad en lo más íntimo del amor propio. Lo malo es que el otro percibió toda esa

agitación; y lo peor es que él se dio cuenta de que el otro se había dado cuenta.

Rangel, así como soñaba con dichas, también soñaba sus revanchas. En su cabeza, hizo trizas a Queirós. Después imaginó la posibilidad de que ocurriera un desastre, un dolor bastaría, pero uno fuerte, que se llevase de allí aquel intruso. Ni dolor, ni nada. El diablillo parecía cada vez más jovial y toda la sala parecía fascinada por él. La misma Joaninha, tan recatada, vibraba en las manos de Queiros al igual que las otras muchachas; y todos, hombres y mujeres, parecían empeñados en agasajarlo. Habiendo él sugerido bailar, las muchachas fueron donde el tío Rufino y le pidieron que tocase una cuadrilla en la flauta, solo una, no se le pedía nada más.

—No puedo, me duele un callo.

—¿Flauta? —gritó Calisto—. Pídanle a Queirós que nos toque algo y sabrán lo que es la flauta... Ve a buscar la flauta, Rufino. Escuchen a Queirós. ¡No imaginan el sentimiento con que toca la flauta!

Queirós tocó la *Casta diva*. ¡Qué ridiculez!, decía para sí Rangel; una música que hasta los muchachillos silban por la calle. Lo miraba de soslayo y preguntándose si aquello era propio de un hombre serio. Y concluía que la flauta era un instrumento grotesco. Miró también a Joaninha, y vio que, al igual que los demás, ella tenía puesta su atención en Queiros, embebida,

enamorada de los sonidos de la música, y se estremeció, sin saber muy bien por qué. Los demás semblantes mostraban la misma expresión que ella, y, sin embargo, sintió alguna cosa que le complicó la aversión hacia el intruso. Cuando la flauta terminó, Joanhina aplaudió menos que los demás y Rangel vaciló entre si era eso una expresión de su habitual recato o si se debía a alguna conmoción especial... Urgía entregarle la carta.

Llegó la cena. Toda la gente entró confusamente en la sala y felizmente para Rangel le correspondió el puesto frente a Joanhina, cuyos ojos estaban más bellos que nunca y tan expresivos que no parecían los de siempre. Rangel los disfrutó en silencio y reconstruyó todo el sueño que el diablillo de Queirós sacudiera de un solo capirotazo. Fue así como volvió a verse al lado de ella, en la casa que iba a alquilar, nido de recién casados, que él terminó de adornar con el oro de su imaginación. Llegó a sacarse un premio en la lotería y a emplearlo todo en sedas y joyas para su mujer, la hermosa Joanhina, Joanhina Rangel, doña Joanhina Rangel, doña Joana Viegas Rangel, o doña Joana Cândida Viegas Rangel... No podía omitir el "Cândida".

—Vamos, un brindis, señor diplomático, regálenos uno de sus famosos brindis.

Rangel despertó. La mesa entera repetía la sugerencia del tío Rufino y la misma Joanhina le pedía un brindis como el

del año pasado. Rangel respondió que lo haría con gusto apenas terminara con aquella ala de gallina. Movimiento, murmullos elogiosos. A una muchacha que confesara no haber oído hablar nunca de Rangel, doña Adelaida le dijo asombrada:

—¿No? No se lo imagina; habla muy bien, con propiedad, con palabras elegidas para la ocasión y con unas maneras tan elegantes...

Mientras comía, Rangel les iba dando vueltas a algunas reminiscencias, retazos de ideas, que le podrían servir en la organización de frases y metáforas. Terminó y se puso de pie. Mostraba un aire satisfecho y confiado. Por fin, venían a golpear a su puerta. Cesaba la algarabía de las anécdotas, las bromas insulsas, y acudían a él para escuchar algo correcto y serio. Miró a su alrededor y vio a todos los ojos alzados expectantes. No todos. Los de Joaninha se desviaban en dirección a Queirós, y los de este venían a esperarlos a mitad de camino, en una cabalgata de promesas. Rangel empalideció. Las palabras se le ahogaron en la garganta, pero era preciso hablar, esperaban por él, con simpatía, en silencio.

Lo hizo mal. Se trataba de un brindis al dueño de la casa y a la hija. Llamaba a esta un pensamiento de dios traído de la inmortalidad a la realidad, frase que había empleado tres años antes y que debía ya haber sido olvidada. Hablaba también del santuario de la familia, del altar de la amistad y de

la gratitud, que es la flor de los corazones puros. Donde no tenía sentido, la frase se hacía más especiosa o retumbante. En suma, un brindis de diez minutos bien medidos que él despachó en cinco y se sentó.

No era el fin. Queirós se levantó al poco rato, dos o tres minutos después, para ofrecer otro brindis y el silencio fue aún más rápido y completo. Joanhina hundió sus ojos en el regazo, apenada por lo que él iba a decir. Rangel sintió un escalofrío:

—El ilustre amigo de esta casa, el señor Rangel —comenzó Queirós—, alzó su copa en honor de las dos personas cuyo nombre es el del santo de hoy; yo brindo por aquella que es la santa de todos los días, doña Adelaide.

Con muchos aplausos se celebró este homenaje y doña Adelaide, halagada, recibió los cumplidos de todos los invitados. La hija no se limitó a los cumplidos:

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó levantándose; y luego fue a abrazarla y besarla tres o cuatro veces en una especie de carta para ser leída por dos personas.

Rangel pasó de la rabia al desaliento y, acabada la cena, pensó en retirarse. Pero la esperanza, demonio de ojos verdes, le pidió que se quedara y se quedó. ¿Quién sabe? Quizá todo fuera pasajero, cosas de una noche, un enamoramiento de San João. Al final de cuentas, él era amigo de la casa y gozaba de la estima de la familia. Bastaría con que él pidiera

la muchacha para obtenerla. Además, era posible que el tal Queirós no tuviera los medios para casarse. ¿Qué empleo era ese en la Santa Casa? Tal vez algún puesto de segunda clase. En esto, miró oblicuamente el atuendo de Queirós, detalló las costuras, escrutó el bordado de la camisa, y las rodilleras de los pantalones, y al ver eso y los zapatos concluyó que se trataba de un joven elegante, pero que era muy probable que todo su dinero lo gastara en él, y un matrimonio era un asunto serio. Podría ser también que tuviera una madre viuda, hermanas solteras... Y Rangel estaba solo.

—Tío Rufino, toque una cuadrilla.

—No puedo. La flauta después de comer produce indigestión. Juguemos al bingo.

Rangel declaró que no podía jugar, que tenía dolor de cabeza, pero Joanhina se acercó a él y le pidió que jugase con ella, en pareja.

—La mitad de los puntos para usted y la otra mitad para mí —dijo ella sonriendo.

Él sonrió también y aceptó. Se sentaron uno junto al otro. Joanhina le hablaba, reía, lo miraba con sus bellos ojos, inquieta, moviendo mucho la cabeza de un lado para el otro. Rangel se sentía mejor y no tardó mucho para se sintiera perfectamente. Marcaba las casillas distraídamente, olvidando algunos números que ella le apuntaba con el dedo. Un dedo

de ninfa, se decía a sí mismo Rangel. Pronto, los descuidos pasaron a ser intencionales, para ver el dedo de la muchacha y oírla decir:

—Usted es muy distraído; ponga más atención que vamos a perder nuestro dinero.

Rangel pensó en entregarle la carta por debajo de la mesa. Pero no habiéndose declarado antes, era natural que ella la recibiera con espanto y todo se arruinara. Era necesario ponerla sobre aviso. Miro de vuelta a la mesa: todos los rostros estaban inclinados sobre los cartones. Entones, él se acercó a ella y observó sus cartones como si quisiera verificar algo:

—Ya tienes dos columnas —susurró él.

—Dos, no; tengo tres.

—Es verdad, tres. Escucha...

—¿Y el señor?

—Yo tengo dos.

—¿Cuáles dos? Tiene cuatro.

Eran cuatro efectivamente. Ella se los mostró inclinadas, rozando casi su oreja con los labios de él. Después lo miró fijamente riendo y sacudiendo la cabeza:

—¡Usted es todo un caso!

Rangel oyó esto con singular deleite. La voz era tan dulce y la expresión tan amigable que olvidó todo, la agarró por la cintura y se lanzó con ella en el eterno vals de las quimeras.

Casa, mesa, invitados, todo desapareció por obra de su imaginación para solo quedar una realidad: él y ella girando en el espacio, bajo un millón de estrellas que resplandecían con el único propósito de iluminarlos.

Ni carta ni nada. Casi al amanecer fueron todos a la ventana para ver salir a los invitados del baile del frente. Rangel retrocedió espantado. Vio un roce de dedos entre Queirós y la bella Joanhina. Quiso explicarlo, eran visiones, pero tan pronto destruía una venían otras y otras, a modo de olas que nunca terminan. Le costaba entender que una sola noche, algunas horas, pudieran bastar para unir así a dos criaturas. Pero era una verdad clara y viva la que revelaban las actitudes de ambos, sus ojos, sus palabras, sus risas y hasta el modo tan sentido con que se despidieron en la mañana.

Salió de allí desolado. ¡Una noche, apenas algunas horas! En casa, donde llegó tarde, se echó en la cama, no para dormir, sino para estallar en sollozos. A solas consigo, lo abandonó la afectación; ya no era el diplomático, era un energúmeno que daba vueltas en la cama, gritando, llorando como un niño, verdaderamente infeliz, por ese triste amor de otoño. El pobre diablo, hecho de ensueño, indolencia y afectación, era, en esencia, tan desgraciado como Otelo y tuvo un destino aún más cruel.

Otelo mata a Desdémona. Nuestro enamorado, en quien nadie presintió nunca la pasión encubierta, sirvió de testigo a Queirós, cuando este se casó con Joaquina, seis meses después.

Ni los acontecimientos ni los años le cambiaron el carácter. Cuando comenzó la guerra con Paraguay, tuvo muchas veces la idea de enlistarse como oficial de voluntarios; nunca lo hizo, pero es cierto que ganó algunas batallas y terminó de brigadier general.

UN HOMBRE CÉLEBRE

—¡AH! ¿USTED ES PESTANA? —PREGUNTÓ LA señorita Mota, haciendo un amplio gesto de admiración. Y en seguida, como para corregir el exceso de confianza:— Disculpe mis maneras, pero... ¿Es usted, cierto?

Humillado, fastidiado, Pestana respondió que sí, que era él. Venía del piano, enjugándose la frente con el pañuelo y estaba a punto de llegar a la ventana cuando la muchacha lo detuvo. No era un baile; se trataba apenas de una velada íntima, poca gente, veinte personas a lo sumo, que habían ido a cenar con la viuda Camargo, en Rua do Areal, en aquel día de su natalicio, cinco de noviembre de 1875... ¡Buena y alegre viuda! Amaba la risa y la diversión, a pesar de los sesenta años que cumplía. Y aquella fue la última que vez que se divirtió y rio, pues falleció en los primeros días de 1876. ¡Buena y alegre viuda! ¡Con qué entusiasmo y diligencia incitó a bailar, inmediatamente después de cenar, pidiéndole

a Pestana que interpretara una cuadrilla! No fue necesario insistir; Pestana se inclinó gentilmente y se dirigió al piano. Terminada la cuadrilla, no habrían descansado ni diez minutos cuando la viuda corrió nuevamente hacia Pestana para solicitarle un obsequio muy especial:

—Diga, mi señora.

—Tóquenos ahora esa polca suya, “No me moleste, señorito”.

Pestana hizo un mohín, pero lo disimuló rápidamente. Luego, realizó una reverencia silenciosa, sin gentileza, y se dirigió al piano con displicencia. Oídos los primeros compases, se esparció por la sala una alegría nueva: los caballeros corrieron hacia las damas y las parejas comenzaron a contonearse al son de la polca de moda. De moda, pues había sido publicada veinte días antes y ya no había rincón en la ciudad en que no fuera conocida. Estaba, incluso, a punto de alcanzar la consagración del silbido y tarareo nocturno.

La señorita Mota estaba lejos de suponer que aquel Pestana que había visto en el comedor y después sentado al piano, enfundado en una levita color rapé, de cabello negro, largo y rizado, ojos pensativos, mentón rapado, era el mismo Pestana compositor. Fue una amiga la que se lo dijo cuando lo vio venir desde el piano, una vez concluida la polca. De ahí la pregunta admirativa. Ya vimos que él respondió fastidiado y humillado. Ni por

* En el original, *Não bula comigo, nhonhô*.

eso las dos muchachas dejaron de prodigarle amabilidades, tales y tantas que hasta la más modesta vanidad se alegraría de oír-las. Él las escuchó cada vez más fastidiado hasta que, alegando un dolor de cabeza, se excusó y se fue. Ni ellas, ni la dueña de la casa, ni nadie logró retenerlo. Le ofrecieron remedios caseros, reposo, pero no aceptó nada, insistió en irse y se fue.

En la calle, caminó deprisa, con temor de que lo llamaran; solo se tranquilizó después que dobló la esquina de la Rua Formosa. Pero allí mismo lo esperaba su gran polca festiva. Desde una casa modesta, ubicada a su derecha, a pocos metros de distancia, salían las notas de la composición del momento, interpretadas por un clarinete. Bailaban. Pestana se detuvo unos instantes. Pensó en desandar camino, pero decidió continuar, apretó el paso, cruzó la calle y siguió por el andén opuesto al de la casa del baile. Las notas se fueron perdiendo a lo lejos y nuestro hombre entró en la Rua do Aterrado, que era la calle donde vivía. Ya cerca de su casa vio venir a dos hombres: uno de ellos, que pasó rozando a Pestana, comenzó a silbar la misma polca, vigorosamente, con brío; el otro agarró al vuelo la tonada y así se alejaron los dos, calle abajo, ruidosos y alegres, mientras el autor de la pieza corría desesperado a refugiarse en su casa.

Ya adentro, respiró. Era una casa vieja, con una escalera vieja y un negro también viejo que le servía y que se acercó para averiguar si quería cenar.

—No quiero nada —bramó Pestana—; prepárame solo un café y vete a dormir.

Se desvistió, se puso un camisón y se dirigió al salón del fondo. Cuando el negro encendió el gas de la sala, Pestana sonrió y, desde el fondo de su alma, saludó a unos diez retratos que colgaban de la pared. Solo uno era al óleo: el de un cura que lo había educado, le había enseñado latín y música y que, según las malas lenguas, era el propio padre de Pestana. Lo cierto es que le dejó en herencia aquella casa vieja junto con los trastos viejos, todos de la época de Pedro I. El cura había compuesto algunos motetes; estaba loco por la música, sacra o profana, e inculcó su gusto en el muchacho o tal vez se lo transmitió en la sangre, si es que tenían razón las malas lenguas, asunto del que no se ocupará mi historia, como habrán de ver.

Los demás retratos eran de compositores clásicos: Cimarosa, Mozart, Beethoven, Gluck, Bach, Schumann, y unos tres más, algunos grabados, otros litografiados, todos mal enmarcados y con diferentes tamaños, pero colgados allí como santos en una iglesia. El piano era el altar. El evangelio de la noche ya estaba abierto: una sonata de Beethoven.

Llegó el café. Pestana bebió la primera taza y se sentó al piano. Miró el retrato de Beethoven y comenzó a ejecutar la sonata, fuera de sí, delirante o absorto, pero con gran

perfección. Repitió la pieza; luego se detuvo unos instantes, se levantó y fue a una de las ventanas. Volvió al piano. Era el turno de Mozart. Eligió un fragmento y lo ejecutó del mismo modo, con el alma en otra parte. Haydn lo llevó a la medianoche y a la segunda taza de café.

Entre la medianoche y la una de la mañana, Pestana hizo poco más que asomarse por la ventana y contemplar las estrellas, entrar y mirar los retratos. De vez en cuando se acercaba al piano, y, de pie, daba algunos golpes sueltos en el teclado, como si buscara algún pensamiento; pero el pensamiento no aparecía y él volvía a la ventana. Las estrellas le parecían otras tantas notas musicales fijadas en el cielo a la espera de alguien que las despegara. Llegaría un día en que el cielo se quedaría vacío y, entonces, la Tierra sería una constelación de partituras. Ninguna imagen, delirio o reflexión, le traía el menor recuerdo de la señorita Mota que, mientras tanto, a esa misma hora, se adormecía, pensando en él, el famoso autor de tantas polcas amadas. Tal vez la perspectiva de un matrimonio le haya robado a la muchacha algunos momentos de sueño. ¿Por qué no? Ella estaba en sus veinte, él en sus treinta, buena combinación. La muchacha dormía al son de la polca, que oía en su memoria, mientras el autor de esta no pensaba ni en la polca ni en la muchacha, sino en las viejas obras clásicas, interrogando al cielo y a la noche, rogando

a los ángeles y, por último, al diablo. ¿Por qué no podría él componer siquiera una sola de aquellas páginas inmortales?

A veces parecía que iba a surgirle de las profundidades de su inconsciente la aurora de una idea. Él corría al piano para sacarla entera, traducirla a sonidos, pero era en vano: la idea se desvanecía. Otras veces, sentado al piano, dejaba que los dedos corrieran solos, a su suerte, para ver si las fantasías brotaban de ellos como de los de Mozart, pero nada, nada, la inspiración no llegaba, la imaginación se daba el lujo de seguir dormida. Si por casualidad una idea aparecía, definida y bella, era solo el eco de alguna pieza ajena que la memoria repetía y que él suponía haber creado. Entonces, irritado, se incorporaba, juraba abandonar el arte, irse a plantar café o meterse de carretero para regresar, pasados unos diez minutos, y con los ojos fijos en Mozart, a imitarlo en el piano.

Dos, tres, cuatro de la mañana. Después de las cuatro se fue a dormir. Estaba cansado, desanimado, muerto. Tenía lecciones que impartir. Durmió poco. Se despertó a las siete. Se vistió y desayunó.

—¿Mi señor quiere el bastón o el paraguas? —preguntó el negro, siguiendo las órdenes que había recibido, porque las distracciones de su señor eran frecuentes.

—El bastón.

—Pero parece que hoy llueve...

—Llueve... —repitió Pestana maquinalmente.

—Parece que sí, señor, el cielo se ve un poco oscuro.

Pestana miraba al negro, vagamente, preocupado. De repente:

—Espera ahí.

Corrió al salón de los retratos, abrió el piano, se sentó y extendió las manos sobre el teclado. Comenzó a tocar algo propio, una inspiración real y acabada, una polca, una “polca bulliciosa”, como dicen los anuncios. Ningún rechazo por parte del compositor; los dedos iban arrancando las notas, ligándolas, moviéndolas de un lado a otro; diríase que la musa componía y bailaba al mismo tiempo. Pestana olvidó sus discípulas, olvidó al negro que lo esperaba con el bastón y el paraguas, olvidó hasta la gravedad de los retratos que colgaban en la pared. Solo componía, tecleando o escribiendo, sin los vanos esfuerzos de la víspera, sin exasperación, sin nada que pedir al cielo, sin interrogar los ojos de Mozart. Nada de tedio. Vida, gracia, novedad brotaban de su alma como de una fuente perenne.

En poco tiempo la polca estaba hecha. Corrigió todavía algunos detalles cuando regresó para cenar, pero ya la tarareaba caminando por la calle. Le gustaba. En la composición reciente e inédita circulaba la sangre y vocación de su creador. Dos días después, se la llevó al editor de sus otras polcas, que irían ya por unas treinta. El editor la encontró maravillosa:

—Va a ser un gran éxito.

Surgió la cuestión del título. Pestana, cuando compuso su primera polca, en 1871, quiso darle un título poético. Eligió “Gotas de sol”. El editor meneó la cabeza y le dijo que los títulos debían estar, de por sí, pensados para la popularidad ya fuera por aludir a algún acontecimiento del momento o por la gracia misma de las palabras. Le sugirió dos: “La Ley del 28 de septiembre” o “Candongas no hacen fiesta”.

—Pero ¿qué quiere decir “Candongas no hacen fiesta”? — preguntó el autor.

—No quiere decir nada, pero se populariza de inmediato.

Pestana, aún principiante inédito, rechazó ambos títulos y guardó la polca. No tardó en componer otra y la comezón de la popularidad lo llevó a publicar las dos, con los títulos que el editor le parecieron más atrayentes o apropiados. Así funcionó desde entonces.

Esta vez, cuando Pestana entregó la nueva polca y pasaron al título, el editor recurrió a uno que traía, desde hace muchos días, para la primera obra que él le presentara, título solemne, largo y cadencioso. Era este: “Señora, guarde usted su canasto”.

—Y para la próxima vez —añadió—, ya tengo otro en mente.

Puesta a la venta, la primera edición se agotó de inmediato. La fama del compositor justificaba la alta demanda. Pero la obra en sí misma lo valía: era adecuada al género, original, invitaba al baile y se memorizaba enseguida. En ocho días se

hizo célebre. Pestana, durante los primeros, se sintió de veras enamorado de la composición. Le gustaba tararearla bajito, se detenía en la calle para oírla en alguna casa y se enojaba cuando no la tocaban bien. Pronto, las orquestas de teatro la interpretaron y él fue a escucharla a uno de estos. Tampoco le disgustó oírla silbada, una noche, por una sombra que bajaba por la Rua do Aterrado.

Esa luna de miel duró apenas un cuarto menguante. Como las otras veces, e incluso más rápido, los viejos maestros retratados lo hicieron sangrar de remordimiento. Humillado y fastidiado, Pestana arremetió contra aquella que viniera a consolarlo tantas veces, musa de ojos pícaros y gestos sinuosos, fácil y graciosa. Y allí volvieron las náuseas de sí mismo, el odio a quien le pedía la nueva polca de moda y, junto con esto, el empeño en componer alguna cosa con sabor clásico, una página al menos, una sola, pero que pudiera ser encuadernada entre las de Bach y Schumann. Vano estudio, inútil esfuerzo: se sumergía en aquel Jordán sin salir bautizado. Noches y noches las gastó así, terco y confiado, seguro de que la voluntad lo era todo y de que una vez desistiera con la música fácil..

—¡Que se vayan al infierno las polcas a hacer bailar al diablo! —dijo un día, de madrugada, al acostarse.

Pero las polcas no quisieron descender tan profundo.

Entraban a casa de Pestana, al propio salón de los retratos, irrumpían tan acabadas que él apenas tenía el tiempo para componerlas, publicarlas después, disfrutarlas algunos días, aborrecerlas y retornar a las viejas fuentes, de donde no brotaba nada. En ese vaivén vivió hasta casarse y aún después de casarse.

—¿Casarse con quién? —preguntó la señorita Mota al tío escribano que le dio aquella noticia.

—Se va a casar con una viuda

—¿Vieja?

—Veintisiete años.

—¿Bonita?

—No, pero tampoco fea: medio medio. Oí decir que se enamoró de ella, porque la escuchó cantar en la última fiesta de San Francisco de Paula. Pero también supe que ella cuenta con otro atributo, que no es raro, pero vale menos: es tísica.

Los escribanos no deberían tener sentido del humor —mal sentido del humor, quiero decir—. La sobrina de este sintió por fin que una gota de bálsamo le aliviaba la mordida de la envidia. Todo era cierto. Pestana se casó a los pocos días con una viuda de veintisiete años, buena cantante y tísica. La recibió como la esposa espiritual para su genio. El celibato era, sin duda, la causa de la esterilidad y del extravío, se decía a sí mismo. Artísticamente hablando, se asumía como un

improvisador de horas muertas. Consideraba las polcas como un entretenimiento de petimetres. Ahora sí iba a engendrar una familia de obras serias, profundas, inspiradas y trabajadas.

Esa esperanza germinó con las primeras horas del amor y floreció con la primera mañana del casamiento. María, balbuceó su alma, dame lo que no encontré en la soledad de las noches, ni en el tumulto de los días.

De inmediato, para conmemorar la unión, se le ocurrió componer un nocturno. Lo llamaría “Ave, María”. La felicidad pareció traerle un principio de inspiración. Como no quería decirle nada a su mujer antes de que estuviese listo, trabajaba a escondidas. Asunto complicado, porque María, quien amaba igualmente el arte, venía a tocar con él, o a oírlo simplemente, durante horas y horas, en la sala de los retratos. Llegaron a hacer algunos conciertos semanales, con tres artistas amigos de Pestana. Un domingo, sin embargo, el marido no se pudo contener y llamó a la mujer para tocarle un fragmento del nocturno. No le dijo lo que era ni de quién era. De repente, deteniéndose, la interrogó con los ojos.

—Termina —dijo María—, ¿no es Chopin?

Pestana palideció, fijó los ojos en el aire, repitió uno o dos fragmentos más y se incorporó. María se sentó frente al piano y, tras algún esfuerzo de memoria, ejecutó la pieza de Chopin. La idea y el motivo eran los mismos. Pestana los

había encontrado en alguno de aquellos callejones oscuros de la memoria, esa vieja ciudad de traiciones. Triste, desesperado, salió de casa y se dirigió hacia el lado del puente, camino de San Cristóvão.

—¿Para qué luchar? —se decía—. Mejor sigo con las polcas... ¡Viva la polca!

Las personas que pasaba a su lado oían esto y se quedaban mirándolo como a un loco. Y él continuaba caminando, alucinado, mortificado, en ese eterno ir y venir entre la ambición y la vocación. Dejó atrás el viejo matadero. Al llegar al portón del ferrocarril, tuvo la idea de caminar por las vías y esperar el primer tren que apareciese y lo arrollase. La presencia de un guarda lo hizo desistir. Volvió en sí y retornó a casa.

Pocos días después —una clara y fresca mañana de mayo de 1876—, a eso de las seis, Pestana sintió en los dedos un cosquilleo particular y conocido. Se levantó despacito para no despertar a María, que había estado tosiendo toda la noche y ahora dormía profundamente. Fue al salón de los retratos, abrió el piano y, con el más absoluto sigilo, extrajo una polca. La hizo publicar con un seudónimo. En los dos meses siguientes compuso y publicó dos más. María no supo nada. Seguía tosiendo y agonizando hasta que expiró, una noche, en los brazos del marido, horrorizado y desesperado.

Era la noche de Navidad. El dolor de Pestana tuvo un

añadido, porque en el vecindario había un baile en el que se interpretaron varias de sus mejores polcas. Ya el baile era difícil de soportar, pero que tocaran sus composiciones le daba un aire de ironía y perversidad a toda la situación. Sentía la cadencia de los pasos, adivinaba los movimientos, seguramente lúbricos, que exigía alguna de aquellas composiciones: todo eso junto al cadáver pálido, un manojo de huesos extendido en la cama... Todas las horas de la noche se consumieron así, lentas o rápidas, húmedas de lágrimas y de sudor, de agua de colonia y de Labarraque, avanzando sin parar, como al son de la polca de un gran Pestana invisible.

Enterrada la mujer, el viudo tuvo una única preocupación: abandonar la música después de componer un réquiem que haría ejecutar en el primer aniversario de la muerte de María. Buscaría otro empleo, escribano, cartero, vendedor ambulante, cualquier cosa que le hiciera olvidar el arte asesino y sordo.

Comenzó la obra. Empleó todo: arrojo, paciencia, meditación y hasta los caprichos de la casualidad, como hiciera en otras ocasiones, imitando a Mozart. Releyó y estudio el réquiem de este autor. Transcurrieron semanas y meses. La obra, veloz al principio, aflojó el paso. Pestana tenía altibajos. Por momentos, la hallaba incompleta, no le sentía el alma sacra, ni la idea, ni la inspiración, ni el método. En otros, se enardecía su corazón y trabajaba con vigor. Ocho meses,

nueve, diez, once, y el réquiem no estaba concluido. Redobló esfuerzos. Olvidó lecciones y amistades. Había rehecho varias veces la obra, pero ahora quería concluir, fuera como fuera. Quince días, ocho, cinco... La aurora del aniversario lo encontró trabajando.

Se contentó con la misa rezada y simple, solo para él. No se puede asegurar que todas las lágrimas que le vinieron solapadamente a los ojos fueran del marido o si algunas eran del compositor. Lo cierto es que nunca más retomó al réquiem.

—¿Para qué? —se decía a sí mismo.

Transcurrió un año. A principios de 1878, apareció el editor.

—Ya van dos años —dijo este—, dos años sin que nos ofrezca una muestra de su arte. Todo el mundo se pregunta si usted perdió el talento. ¿Qué ha hecho?

—Nada.

—Conozco bien el golpe que lo hirió, pero de eso hace ya dos años. Vengo a proponerle un contrato: veinte polcas durante doce meses. El precio sería el habitual, pero con un porcentaje mayor en la venta. Al cabo del año podemos renovar.

Pestana asintió con un gesto. Tenía pocas lecciones, había vendido la casa para saldar deudas y las necesidades se iban comiendo lo demás, que era bastante escaso. Aceptó el contrato.

—Pero la primera polca tiene que ser entregada lo más

pronto posible —explicó el editor—. Es urgente. ¿Ha visto usted la carta del emperador al duque de Caxias? Los liberales fueron llamados al poder; van a hacer la reforma liberal. La polca tiene que llamarse: “¡Vivas a la elección directa!”. No se trata de política, sino de un buen título para la ocasión.

Pestana compuso la primera obra del contrato. A pesar del largo periodo de silencio, no había perdido la originalidad ni la inspiración. Tenía la misma impronta genial. Las siguientes polcas fueron llegando, regularmente. Había conservado los retratos y repertorios, pero evitaba pasar las noches en el piano, para no caer en nuevas tentativas. Ahora, siempre que había una buena ópera o concierto de calidad, pedía una entrada de cortesía, asistía, se escondía en un rincón y gozaba de aquella porción de cosas que nunca le habrían de brotar del cerebro. Una que otra vez, al regresar a casa, lleno de música, despertaba en él el maestro inédito. Entonces, se sentaba al piano y, sin ningún propósito preciso, arrancaba algunas notas hasta que se iba a dormir, veinte o treinta minutos después.

Así fueron pasando los años, hasta 1885. La fama de Pestana le había dado definitivamente el primer lugar entre los compositores de polcas; pero el primer lugar de la aldea no satisfacía a este César que continuaba prefiriendo, no el segundo, sino el centésimo en Roma. Aún conservaba los altibajos de antaño respecto a sus composiciones. La diferencia es que

eran menos violentas. Ni entusiasmo en las primeras horas, ni horror después de la primera semana. Apenas algún placer y cierto hastío.

Aquel año, cogió una fiebre de la nada que en pocos días se agravó, hasta volverse perniciosa. Ya estaba en peligro cuando apareció el editor, que nada sabía de la enfermedad, para darle la noticia del ascenso de los conservadores y pedirle una polca para la ocasión. El enfermero, un pobre clarinetista de teatro, le informó el estado de Pestana de tal modo que el editor entendió que debía mantenerse callado. El enfermo, sin embargo, insistió en que le dijera lo que quería. El editor obedeció.

—Pero ha de ser cuando esté bien del todo —concluyó.

—Cuando la fiebre baje un poco —dijo Pestana.

Siguió una pausa de algunos segundos. El clarinetista se retiró de puntillas a preparar el remedio para el enfermo. El editor se levantó y se despidió.

—Adiós.

—Mire —dijo Pestana—, como es probable que muera en estos días, le compongo de una vez dos polcas. La otra servirá para cuando suban los liberales.

Fue la única broma que dijo en toda su vida, y ocurrió a tiempo, porque expiró la madrugada siguiente, a las cuatro y cinco, en paz con los hombres y en guerra consigo mismo.

IDEAS DE CANARIO

UN HOMBRE DEDICADO A LOS ESTUDIOS DE ORNITología, de nombre Macedo, contó a un grupo de amigos un caso tan extraordinario que ninguno le creyó. Algunos llegaron a suponer que Macedo había perdido el juicio. He aquí el resumen de la narración.

A principios del mes pasado —dijo él—, yendo por una calle, pasó un tílburí a toda velocidad que por poco me arrojó al suelo. Eludí la embestida saltando al interior de una tienda de segunda mano. Ni el estrépito del caballo y del vehículo, ni mi entrada intempestiva hicieron que se despertara el dueño del negocio, quien dormitaba sentado en el fondo del local, en una silla plegable. Era un guñapo de hombre, barba color paja sucia, la cabeza encasquetada en un gorro andrajoso que probablemente no había encontrado comprador. No se adivinaba en él ninguna historia como sí podían tenerla

algunos de los objetos que vendía; tampoco se sentía en él la tristeza austera y desengañada de las vidas que fueron vidas.

La tienda era oscura, atestada con las cosas viejas, torcidas, rotas, mugrientas, herrumbrosas que de ordinario se hallan en tales sitios, todo en ese cuasi desorden propio de los negocios de esta clase. La mezcla, si bien banal, era interesante. Ollas sin tapas, tapas sin ollas, botones, zapatos, cerraduras, una falda negra, sombreros de paja y de fieltro, marcos, binóculos, chaqués, un florete, un perro embalsamado, un par de chanclas, guantes, floreros sin nombre, charreteras, un bolso de terciopelo, dos ganchos, una resortera, un termómetro, sillas, un retrato litografiado por el finado Sisson, un juego de chaquete, dos máscaras de alambre para el próximo carnaval, todo eso, y lo demás que no vi o que no me quedó en la memoria, llenaba la tienda hasta las inmediaciones de la puerta, apoyado, colgado o exhibido en cajas de cristal igualmente viejas. Al fondo, había muchas otras cosas y del mismo aspecto, aunque predominaban los objetos grandes, cómodas, sillas, camas, unos encima de otros, todos perdidos en la oscuridad.

Estaba a punto de salir, cuando vi una jaula colgada de la puerta. Tan vieja como el resto, para tener el mismo aspecto de desolación general le faltaba estar vacía. No lo estaba. Dentro de ella saltaba un canario. El color, el ánimo

y la gracia del pajarito le daban a aquel montón de ruinas una nota de vida y juventud. Era este el último pasajero de algún naufragio que fue a parar allí, íntegro y alegre, como antes. Apenas lo miré empezó a saltar hacia abajo y hacia arriba, de percha en percha, como si quisiera decir que en medio de aquel cementerio aún resplandecía un rayo de sol. No atribuyo esta imagen al canario, sino porque me dirijo a gente proclive a la retórica; en realidad, él no pensó ni en un cementerio ni en el sol, según me dijo después. Yo, por mi parte, envuelto en el placer que me trajo aquella visión, me sentí indignado por el destino del pájaro y murmuré por lo bajo palabras de amargura.

—¿Quién habrá sido el dueño execrable de este animalito que tuvo el coraje de deshacerse de él por algunas monedas? ¿O qué mano indiferente, no queriendo mantener ese compañero de su difunto dueño, lo regaló a algún pequeño, que lo vendió para jugar alguna quiniela?

Y el canario, posado sobre la percha, trinoó esto:

—Quién quiera que seas ciertamente no estás en sano juicio. No tuve dueño execrable ni fui regalado a ningún niño que me vendiese. Esas son las ocurrencias de una persona enferma; ve a tratarte, amigo...

—¡Cómo! —interrumpí, sin tiempo para espantarme—. Entonces, ¿tu dueño no te vendió a esta casa? ¿No fue la

miseria o la holgazanería la que te trajo a este cementerio, como un rayo de sol?

—No sé qué es sol ni cementerio. Si los canarios que has visto usan el primero de esos nombres, tanto mejor, porque es bonito, pero creo que estás confundido.

—Perdón, pero no terminaste aquí, sin nadie, porque sí, salvo que tu dueño haya sido siempre aquel hombre que está sentado allí.

—¿Dueño? Ese hombre que está ahí sentado es mi criado, me da agua y comida todos los días, con tal regularidad que si tuviese que pagarle sus servicios, no sería con poco; pero los canarios no pagan criados. En realidad, puesto que el mundo es propiedad de los canarios, sería una extravagancia que ellos le pagasen a lo que está en el mundo.

Pasmado por las respuestas, no sabía qué admirar más, si el lenguaje o las ideas. El lenguaje, aunque llegaba a mis oídos como el de las personas, salía del animal en graciosos trinos. Miré a mi alrededor como para cerciorarme de que estaba despierto. La calle era la misma y la tienda era la misma tienda oscura, triste y húmeda. El canario, moviéndose de un lado para otro, esperaba que yo le hablase. Le pregunté entonces si echaba de menos el espacio azul e infinito.

—Pero, querido amigo —trino el canario—, ¿qué quieres decir con espacio azul e infinito?

—Perdóname, pero... ¿Qué piensas de este mundo? ¿Qué cosa es el mundo?

—El mundo —replicó el canario con cierto aire de profesor—, el mundo es una tienda de segunda mano, con una pequeña jaula de tacuara, rectangular, colgada de un clavo; el canario es el señor de esta jaula y de la tienda que la circunda. Todo lo demás es ilusión y mentira.

En esas se despertó el viejo y vino hacia mí arrastrando los pies. Me preguntó si quería comprar el canario. Indagué si lo había adquirido como los demás objetos que vendía, y me enteré de que se lo había comprado a un barbero junto con una colección de navajas.

—Las navajas están en muy buen estado —concluyó.

— Solo quiero el canario.

Le pagué lo que me pidió, mandé a comprar una jaula más amplia, circular, de madera y alambre, pintada de blanco, y ordené que la ubicaran en el balcón de mi casa, desde donde el pajarito podría ver el jardín, la fuente y un poco de cielo azul.

Mi intención era realizar un largo estudio del fenómeno, sin decir nada a nadie hasta estar seguro de poder asombrar a mis contemporáneos con mi extraordinario descubrimiento. Comencé por alfabetizar la lengua del canario, por estudiar su estructura, las relaciones con la música, los sentimientos estéticos del animal, sus ideas y reminiscencias. Tras este

análisis filológico y psicológico, entré propiamente en la historia de los canarios, en su origen, los primeros siglos, geología y flora de las Islas Canarias; si tenía algún conocimiento de navegación, etc. Conversamos largas horas, yo escribiendo notas, él esperando, saltando, trinando.

No teniendo más familia que dos criados, les ordenaba que no me interrumpiesen, ni siquiera cuando el motivo fuese una carta o un telegrama urgente, o alguna visita de importancia. Dado que ambos estaban al tanto de mis ocupaciones científicas, consideraron natural la orden y no sospecharon que el canario y yo nos entendíamos.

No es necesario decir que dormía poco, me despertaba dos o tres veces en la noche, deambulaba, me sentía febril. Al final, retornaba al trabajo, para releer, agregar, corregir. Rectifiqué más de una observación —bien porque la había entendido mal, o porque él no me la había expresado claramente—. La definición del mundo fue una de ellas. Tres semanas después de la entrada del canario a mi casa, le pedí que repitiese la definición de mundo.

—El mundo —respondió— es un jardín bastante extenso, con una fuente en el medio, flores y arbustos, algo de césped, aire limpio y un poco de azul en lo alto; el canario, dueño del mundo, habita una jaula amplia, blanca y circular, desde donde observa cuanto le rodea. Todos lo demás es ilusión y mentira.

El lenguaje también sufrió algunas rectificaciones y ciertas conclusiones, que me habían parecido simples en un principio, ahora me resultaban temerarias. Aún no podía ni siquiera escribir la monografía que tenía que enviar al Museo Nacional, al Instituto Histórico y a las universidades alemanas, no porque faltase material, sino porque me parecía necesario acumular primero todas las observaciones y verificarlas. En los últimos días, no salía de casa, no respondía las cartas, no quería saber de amigos o parientes. Todo yo era un canario. En las mañanas, uno de los criados tenía a su cargo limpiar la jaula y ponerle agua y comida. El pajarito no le decía nada, como si supiera que a ese hombre le faltaba formación científica. También es cierto que el servicio era absolutamente sumario: el criado no era amante de los pájaros.

Un sábado amanecí enfermo, la cabeza y la columna me dolían. El médico ordenó reposo total; a su parecer, estaba agotado por el exceso de estudio y, en consecuencia, no debía leer ni pensar, no debía enterarme siquiera de lo que sucedía en la ciudad y en el mundo. En este estado permanecí por cinco días. Al sexto me levanté y solo entonces supe que el canario, dependiendo totalmente para su cuidado del criado, había huido de la jaula. Mi primer impulso fue el de estrangular al criado; me contuvo la indignación y caí en la silla, mudo, alelado. El culpable se defendió, juró que había

tenido cuidado y que la huida del canario era resultado de su astucia...

—¿Pero no lo buscaron?

—Sí, lo buscamos, señor. Al principio trepó hasta un tejado al que trepé yo también, pero huyó a un árbol y después se escondió no sé dónde. Llevo indagando por él desde ayer, les pregunté a los vecinos, a los chacareros, nadie sabe nada.

Sufrió mucho. Por fortuna, el agotamiento había pasado y al cabo de unas cuantas horas pude salir al balcón y al jardín. Ni sombra del canario. Indagué, corrí, anuncié y nada. Había ya recogido las notas para escribir la monografía aunque quedará trunca e incompleta cuando se me ocurrió visitar a un amigo, dueño de una de las casas de campo más bellas y grandes de los arrabales. Paseábamos por ella antes de cenar cuando oí trinar esta pregunta:

—Caramba, señor Macedo, ¿por qué tan desaparecido?

Era el canario. Estaba posado sobre la rama de un árbol. Imaginen cómo quedé y lo que le dije. Mi amigo pensó que yo estaba loco. Pero ¿qué me importaba lo que pensarán los amigos? Le hablé al canario con ternura, le pedí que viniese conmigo para continuar la conversación en nuestro mundo compuesto por un jardín y una fuente, un balcón y una jaula blanca y circular...

—¿Cuál jardín? ¿Qué fuente?

—El mundo, querido.

—¿Qué mundo? Tú no pierdes las malas costumbres de profesor. El mundo —concluyó solemnemente— es un espacio infinito y azul con el sol en lo alto.

Indignado, le objeté que, si le diese crédito a sus palabras, el mundo sería cualquier cosa, incluso una tienda de segunda mano...

—¿De segunda mano? —trinó él con todas sus fuerzas—. ¿Pero acaso existen las tiendas de segunda mano?

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta nueva traducción de *Ideas de canario y otros cuentos* hecha por Andrés Ernesto Obando fue resultado de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2021. La edición que se usó de referencia fue *50 contos de Machado de Assis. Seleccionados por John Gledson* (São Paulo, Companhia das Letras, 2007). Para la edición de este Libro al Viento dedicado a Machado de Assis, se consultaron *Cuentos* (Caracas, Ayacucho, 1978, prólogo de Alfredo Bossi) y *Misa de gallo y otros cuentos* (Bogotá, Editorial Norma, 1990, traducción de Elkin Obregón). Asimismo recomendamos, para quien quiera profundizar sobre la vida de este autor y su obra, la muy completa página web (en portugués) dispuesta por el gobierno brasileño: *Machado de Assis. Vida e obra* (<https://machado.mec.gov.br/>).

SOBRE EL TRADUCTOR

Andrés Ernesto Obando es candidato doctoral de la Universidad de Pittsburgh en el área de Hispanic Languages and Literatures con un pregrado en Ciencia Política (Universidad Nacional de Colombia) y maestrías en Filosofía (Universidad Nacional de Colombia) y Literatura y Cultura (Instituto Caro y Cuervo). Su trabajo reciente está ligado al paisaje latinoamericano y al estudio de las formas de representación, producción y reproducción de la naturaleza dentro de la literatura de la segunda mitad del xix y primera del xx.



JOAQUIM MARÍA MACHADO DE ASSIS

Nació el 21 de junio de 1839 en la quinta del Livramento en Río de Janeiro, hijo de Francisco José de Assis, pintor mulato, y María Leopoldina Machado de Assis, lavandera de las Azores. Pierde a sus padres muy joven y se cría con su madrastra. De 1855 data su primera publicación, el poema “A ella”, en *La Marmota Fluminense*. En 1869 contrae matrimonio con Carolina Augusta Xavier de Novais, hermana del poeta portugués Faustino Xavier de Novais. Entre sus novelas más conocidas están *Memorias de Brás Cubas* (1881), *Quincas Borba* (1891), *Dom Casmurro* (1899) y *Memorial de Aires* (1908). En 1897 se convierte en miembro fundador de la Academia Brasileña de las Letras, y al año siguiente es nombrado presidente de esta. En 1904 muere su esposa y cuatro años después muere él, un 29 de septiembre, en la rua Cosme Velho en Río de Janeiro.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA
Y OTROS CUENTOS
SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitlor,
Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto
Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 32 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos
Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine
Mansfield, Italo Svevo, Rubén
Darío, Leopoldo Lugones, José
María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan
Rufo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS
TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES DE MI
TIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE EL
MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores

- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS
Andrés Caicedo
- 164** POR FIN HA COMENZADO
EL FIN
Varios autores

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 80 de nuestros títulos.



ARCA



Ideas de canario y cinco cuentos más fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento sesenta y cinco, y se imprimió en el mes de junio del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

165

“Fue así como volvió a verse al lado de ella, en la casa que iba a alquilar, nido de recién casados, que él terminó de adornar con el oro de su imaginación.”



COLECCIÓN UNIVERSAL

lc **BOGOTÁ**
que estamos construyendo

libro al
viento

LEER
PARA
LA VIDA



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ